EDWARD WHEEL

ESPIONAJE en el COSMOS

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Edward Wheel

ESPIONAJE EN EL COSMOS



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito legal V. 1570.—1962.
Num. Rgtro.: 1786.—1962.
printed in spain
EDITORIAL VALENCIANA — VALENCIA



WCAPITULO PRIMERO

alter Asmore saltó de la pequeña astronave y lanzó una mirada satisfecha a su alrededor.

Encontrarse allí era como estar en su propia casa.

Hacía tiempo que no visitaba el cuartel general de la Policía Espacial de Tráfico Interplanetario.

El servicio que el jefe supremo de dicha organización, general Mankiewicz, le había designado tiempo atrás, lo tenía alejado en los confines del sistema planetario, y raras veces tenía tiempo el joven comandante para regresar a sus lares.

Walter despreció el coche sin piloto que le enviaron desde la torre de control y se dirigió con paso elástico hacia el edificio donde estaban enclavadas las numerosas oficinas de la comandancia,

El general no le hizo esperar. Tan pronto como lo vio, a través de la puerta de plástico transparente, le hizo una indicación para que pasara.

—¿Cómo se encuentra usted, comandante Asmore?—le saludó con un cordial apretón de manos.

—Bien, señor. Nada más recibir su orden, me apresuré a venir.

El general le invitó con un gesto a que tomara asiento.

Walter advirtió en su semblante las huellas de una honda preocupación y, sin proponérselo, pretendió adivinar por centésima vez, la causa que había originado la urgente llamada.

Conociendo bien al general Mankiewicz y existiendo el precedente que en multitud de ocasiones le había distinguido a él en la elección de comandos para las empresas más difíciles, podía deducirse que su presencia en aquel austero despacho se hallaba relacionada con un asunto grave.

Los ojos inteligentes del general estudiaron detenidamente al hombre que se sentaba fierre a él. Una arruga de preocupación fruncía su amplia frente.

Poco a poco, sus pupilas recorrieron la alta y atlética figura del comandante Asmore y, por último, se detuvieron en los ojos castaños que aguantaban su examen.

—Póngase cómodo y deje esa actitud rígida, comandante. Lo que voy a decirle necesita bastantes explicaciones.

Hizo una pequeña pausa mientras estudiaba la cuadrada barbilla de su interlocutor y la firmeza que expresaba su semblante.

—¿Le gustaría desempeñar una labor sumamente delicada?

—Estoy dispuesto a hacerlo, señor—dijo el joven dando a sus palabras una ligera entonación de reproche por la duda que las de su superior envolvían.

—Lo sé, comandante. Pero ahora se trata de una cosa especial y la responsabilidad que llevará implícita su misión es enorme.

—Nunca me asustó la responsabilidad, señor.

—Su vida correrá serios peligros, comandante.

—No le doy importancia a los peligros personales a la hora de

cumplir con mi deber, señor.

—Mire, comandante. Estoy en un verdadero atolladero, y creo que usted es el único hombre que puede salir adelante en la tarea que pienso encomendarle.

—No le comprendo, señor.

—Están ocurriendo cosas muy raras desde hace poco tiempo, Asmore. Gran cantidad de los planos defensivos de nuestra federación interplanetaria han sido sustraídos por agentes de Júpiter. El resultado de estos robos tiene un alcance terrible, amenazador. Nuestros planetas se encontrarán prácticamente indefensos en un posible caso de invasión. Todo esto me lo ha comunicado el Alto Mando de los Servicios combinados y me ha dado un corto plazo de tiempo para que averigüe cómo se han vulnerado los secretos, quiénes han sido y, lo que es más grave, por dónde se han enviado las informaciones a nuestros enemigos jupitenses. ¿Va comprendiendo?

Walter Asmore había quedado sorprendido por las manifestaciones de su superior. Hubiese esperado cualquier cosa menos aquella revelación.

—No concibo cómo ha podido suceder tal cosa, señor. Nuestra organización es perfecta. Las plataformas espaciales están constantemente vigiladas por nuestras astronaves, los controles aduaneros cumplen su deber minuciosamente y, que yo sepa, no existen comunicaciones con Júpiter ni Saturno. No me sorprende que los secretos militares hayan sido conocidos por alguien; pero lo que me asombra es que hayan podido salir las informaciones del ámbito de nuestra confederación. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa?

—Eso es precisamente lo que quiero que descubra usted, comandante. Lleva algunos años destinado en los confines de nuestro sistema federal, lejos de Saturno y Júpiter, nuestros enemigos. Nadie podrá sospechar en usted a un comandante de la Policía Espacial de Tráfico Interplanetario. Quiero que se dedique a descubrir los agentes enemigos y sus métodos. Pero tiene que darse prisa. Mucha prisa. Júpiter ha lanzado un ultimátum a los tres planetas que permanecen fuera de nuestra federación. Neptuno, Urano y Plutón tendrán que unirse a su sistema político antes de transcurrir un mes o los invadirán.

—Lo cual quiere decir que tendremos que declarar la guerra a Júpiter, ¿no es así, mi general?

—Exacto, pero lanzarnos a una guerra con nuestras defensas neutralizadas por la labor del espionaje enemigo, sería un verdadero suicidio. A todo trance hay que descubrir lo que saben de nosotros y dónde están los planos de un arma supersecreta que robaron hace pocos días al presidente de la comisión de defensa interplanetaria.

Varios hombres asaltaron su despacho y consiguieron apoderarse de estos documentos, después de narcotizar a la guardia del edificio.

—¿Y esa arma es muy importante, señor?

—Lo es. Figúrese que una sola de ellas puede acabar con todos los seres vivientes de un planeta en contados segundos. En cambio, tiene la ventaja de no destruir la tierra ni contaminar la atmósfera.

—¿Por dónde he de empezar, señor ?

—Me hace una pregunta embarazosa, comandante. No tenemos ni la menor idea de dónde ni cómo operan. Los golpes han sido tan rápidos y bien planeados que no han dejado huellas. Hoy, en la Tierra; mañana, en Venus; al otro, en Mercurio, y el último, en Marte, hace pocos días. Todos los mundos que pertenecen a nuestra Federación han sufrido los zarpazos de esta gente. Pese a ello, ignoramos su personalidad. Sospechamos que son personas desaprensivas de nuestros mundos, vendidas al enemigo por dinero; pero también pueden ser espías enviados desde Júpiter con una misión bien definida. En uno u otro caso, tenemos el convencimiento que, una vez se apoderen de nuestros secretos, tratarán de debilitarnos por medio del sabotaje, y en esta caótica situación, se precipitarán a la guerra.

—Una bonita perspectiva, señor. ¿No tiene algún indicio? ¿Un detalle, algo que me dé una pista para empezar?

—Tengo un sospechoso. Pero los indicios que le señalan son tan débiles que más parecen un cúmulo de hechos casuales. No sé si ella le conducirá a un fin práctico.

—¿Ella?...

—Sí, comandante. Es una mujer. Gladys Kendall. Tiene cara de ángel, pero, si no me engaño en mis sospechas, sus actos no están en armonía con sus méritos físicos.

—¿Dónde está?

—En Marte. Atrajo nuestra atención porque siempre que ha ocurrido algún hecho relacionado con el espionaje, ha estado cerca. Al parecer, viaja constantemente y gasta el dinero en abundancia y con ostentación. Kay Buttons le podrá ampliar los detalles sobre el particular. Le dije que recopilara todos los datos que pudiera de esa joven.

Walter comprendió que la entrevista había terminado. Se puso en pie y, estrechando la mano que le tendía el general, saludó rígidamente y abandonó el despacho con dirección a la oficina de Kay. Kay era una simpática pelirroja, guapísima de cara y maravillosa en lo demás. Estaba encargada de la oficina de información y cumplía su labor concienzudamente.

Le recibió con una luminosa sonrisa y le tendió la mano

cordialmente.

—¿De dónde sale usted, comandante? Hace una eternidad que no le veía.

—El servicio me ha retenido lejos de esta base, señorita —respondió, esquivando la curiosidad femenina.

—Supongo que ahora permanecerá una temporada entre nosotros, ¿no?—preguntó, mirándole escrutadoramente.

—Se equivoca. Estaré muy poco tiempo.

La sonrisa de Kay pareció helarse en sus labios.

—¿Otro servicio, comandante?

—Sí. Salgo esta misma tarde. ¿Sería tan amable de facilitarme todo lo que tenga referente a una mujer llamada Gladys Kendall?

Los ojos femeninos le miraron ahora con apenada sorpresa.

—¿Está su viaje relacionado con ella, comandante ?

—Así es.

—Demasiado peligroso, comandante—dijo con un mohín de sus gordezuelos y rojos labios—. Está metida hasta el cuello en una temible organización de espionaje. Si puede, apártese de esa rubia.

—¡Ah! ¿Es rubia?—preguntó Walter, sin querer dar importancia al resto de las palabras de Kay.

—Sí. Es rubia. Tiene los ojos verdes y expresivos. La boca como les gusta a los hombres, la nariz ligeramente respingona y un tipo magnífico.

—A lo que veo tiene palmito, ¿eh?

—Aparte de eso tiene la rara facultad de hallarse siempre en los sitios donde ocurren cosas importantes.

—Sea un poco más extensa, ¿quiere? Dígame qué lugares han sido ésos y a qué se refiere concretamente.

—Está bien, comandante. Le demostraré la clase de mujer que atrae su atención profesional.

Contoneándose graciosamente se dirigió a un mueble archivo y sacó una carpeta.

—Mire—dijo extrayendo un folio electromecanografiado—. Hace cinco meses asaltaron la Dirección General de Defensa de Nueva York. Se llevaron los planos que sirvieron para construir la cubierta electrónica que rodea a los planetas de nuestra confederación. Como sabe, esta cortina impide la entrada o salida de cualquier astronave, si no es por la puerta que se dejó exprofeso para este fin. Con el robo, todo ese sistema defensivo ha quedado reducido a la nada. Conocen los sitios donde están emplazados los generadores de energía que alimentan las envolturas y les sería fácil inutilizarlos. Después de esto,

nuestros mundos podrían ser invadidos con la mayor tranquilidad,

—¿Tuvo que ver la rubia algo con ese robo?

—Estuvo varios días rondando por los alrededores. Ella dio, sin duda, las instrucciones necesarias para la ejecución del golpe,

—Pudiera ser—concedió Walter pensativo.

—Cuarenta días más tarde se produjo un hecho similar en Lania (Venus). Aquí se llevaron el proyecto recién esbozado de un arma supersecreta. Y, por último, hace pocos días, han dado otro golpe, muy fructífero, en Marte. El resultado ha sido la desaparición de los planos de construcción de un arma terrible. En todas las ocasiones ha estado cerca esa mujer. ¿Qué me dice?

—Tendré que ver a esa belleza rubia, señorita, Se me está haciendo muy interesante.

Kay pareció contrariada con la decisión del comandante y lo demostró mordiéndose el labio.

—En ese caso, será mejor que le enseñe su fotografía.

Walter miró a la pantalla que acababa de encender.

Tridimensionalmente, y con toda nitidez, apareció la imagen de una muchacha.

Walter la miró con admiración.

Durante aquel día había oído decir a dos personas diferentes que la tal Gladys era una preciosidad, pero la realidad iba más allá de sus presunciones.

La mujer que le miraba desde el ovalado cristal tenía todo lo que le dijeron y algunas cosas más. Su frente era tersa y la delimitaba una melena rubia como el oro. Por abajo, las finas cejas en semiarco oblicuo, daban al bello semblante un aire exótico que atraía poderosamente.

—Preciosa criatura—comentó Walter—. Y según reza en esta ficha no tiene más de veintiún años, ya que nació el día 21 de marzo del año 2414.

—Sí. Y para completar sus conocimientos, le diré que nació en Neptuno, que mide un metro setenta centímetros, y un detalle que puede interesarle: es soltera—las últimas palabras las dijo con enfado.

—Bien, señorita. Le agradezco las molestias que se ha tomado por mí. ¿Querrá enviarme a la residencia una copia fotográfica de esa preciosidad?

—No quisiera, comandante, pero lo haré.

— Gracias nuevamente, Kay. Espero que cuando termine la misión que voy a emprender me quedaré en lo base una buena temporada.

Kay le estuvo mirando mientras abandonaba su oficina. En sus ojos

pardos había un destello de angustia. Suponía que Walter Asmore, el único hombre que le había inspirado amor, caminaba hacia su propia destrucción.

CAPITULO II

Walter Asmore puso los turborreactores a media marcha e inclinó la palanca de dirección hacia un lado.

La pequeña astronave trazó un ángulo con el planeta y empezó a contornearlo.

El joven quería comprobar personalmente algunos extremos.

Recibió una llamada de la torre de control instalada en Chutter, capital de Marte, preguntándole los motivos del cambio de rumbo.

El muchacho se identificó y dio unas vagas explicaciones.

No podía decir con claridad lo que pretendía. Las órdenes del general Mankiewicz a este respecto fueron terminantes. Bajo ningún pretexto ni motivo debería dar a conocer la misión que se le había encomendado. Si era sorprendido en cualquier acción que pudiera dar lugar a que se sospechase la verdadera naturaleza de su labor, debería hacer creer que obraba por su cuenta. En caso necesario, el Alto Mando de la Policía

Especial de Tráfico Interplanetario negaría rotundamente haberle encomendado ningún servicio especial.

—¡ Bonita papeleta !—renegó el joven entre dientes.

Varias veces emproó su nave con dirección al planeta, pero siempre fue rechazada con fuerza hacia los espacios siderales.

La cortina electrónica desempeñaba su labor a la perfección. Nadie podría entrar en la atmósfera marciana por otro sitio que la puerta situada sobre Chutter.

Era un consuelo, pensó Walter. Al menos todavía no se habían decidido a inutilizar los sistemas defensivos de la Federación.

Unos momentos después posaba diestramente su aparato en la pista y se dirigió al edificio que ubicaba la comandancia general.

Necesitaba ponerse en contacto con el interventor general del aeropuerto.

El tal interventor resultó ser un tipo de ascendencia italiana. Paolo Allasio era su nombre, y su parecido resultaba extraordinario con el de una gigantesca bola de sebo, de la cual partieran dos cortas piernas y una gran cabeza, de la que colgaba una fenomenal papada.

Cuando llegó el joven le saludó untuosamente, moviendo sin cesar las pobladas cejas.

—Siento un gran placer al conocerlo, comandante—dijo,

escrutando atentamente las facciones de su interlocutor con dos ojillos que brillaban tras las montañas grasosas de sus párpados.

El muchacho correspondió al fofo apretón de manos y respondió:

—El general Mankiewicz me dijo que debería ponerme en contacto con usted. Seguramente ya habrá hablado con usted por radiovisor.

—¡Ya lo creo, señor Asmore! Tan pronto como salió usted del cuartel general, me anunció su llegada. Le estaba esperando. Pero, siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—No; se lo agradezco, señor Allasio. Tengo mucha prisa. ¿Puede decirme con qué clase de documentación entró en este planeta la señorita Gladys Kendall? Según tengo entendido, llegó hace pocos días.

El gordo hizo un gesto de extrañeza y sus ojillos se achicaron hasta hacer parecer dos puntitos.

—No recuerdo ese nombre, comandante. Bueno, ya puede figurarse que no es posible que recuerde a todas las personas que pasan por este aeropuerto. Entran y salen millares diariamente.

Mientras soltaba palabras a velocidad vertiginosa, oprimió un pulsador que había sobre su mesa de su despacho. El televiso-dictáfono se iluminó y, a través de su pantalla, preguntó una chica:

—¿ Desea algo, señor Allasio ?

—Giulieta, búsqueme la fecha de entrada de una señorita llamada Gladys Kendall. Dígame también su procedencia y el lugar donde se hospeda en la actualidad.

La morena se alejó unos pasos de la pantalla y manipuló en un aparato de control.

Durante dos minutos el seleccionador de fichas escrutó los pequeños microfilms que constituían el fichero de los servicios de emigración e inmigración.

En aquel pequeño lapso de tiempo, miles de pequeñísimas porciones de plástico magnetizado pasaron a través del aparato. De pronto, el mecanismo se detuvo y encendióse una luz roja.

El mismo aparato suministró los datos que a Walter le interesaban. Por algún micrófono oculto en su complicado mecanismo, surgió una voz metálica que recitó monótonamente:

—Gladys Kendall, procedente de Venus. Motivo del viaje: turismo. Se hospedará en el hotel Raulia. Edad: veintiún años, pelo rubio…

Walter hizo un gesto con la mano, indicando que ya había oído bastante.

—Le estoy muy agradecido por sus informes, señor Allasio. Ahora necesitaría un vehículo que no ostentara ningún emblema oficial. Me

interesa continuar mi trabajo como un simple ciudadano, ¿Puede proporcionármelo?

—Naturalmente, comandante. Hace pocos días que compré un bólido magnífico. Se lo prestaré encantado.

—Muchas gracias de nuevo, señor Allasio. Se lo trataré bien, no se preocupe. Además, si mi estancia se prolongara demasiado, alquilaré uno. No quiero causarle ninguna clase de trastornos.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta.

—Si en algo más puedo serle útil, me gustaría que no se andara con remilgos. Me ha sido usted sumamente simpático y le serviré con placer, señor Asmore.

El joven volvió a dar las gracias y se despidió brevemente. Aquel italiano le ponía nervioso con su untuosidad constante.

* * *

El hotel Raulia resultó ser uno de los mejores que había en la ciudad.

Este extremo expresaba claramente la posición social de sus huéspedes.

Por lo visto, la tal Gladys no se privaba de ningún lujo, aunque cada día de estancia allí le costara una pequeña fortuna.

El joven se acercó a la conserjería mecánica y preguntó por la habitación de la despampanante rubia.

—2.531, señor—respondió el aparato, sin una vacilación.

Una ligera sonrisa distendió los labios del comandante. Aquellos aparatos eran sumamente útiles. Ahora, volvió a preguntar si la habitación 2.583 estaba libre, y ante la contestación afirmativa, amplió su sonrisa.

Hizo señas a un robot y le ordenó que entrara su equipaje. Mientras tanto, él se dedicó a completar los requisitos de inscripción ante el conserje electrónico.

Un ascensor le transportó a su habitación.

Era una habitación como todas las de los hoteles que había visitado durante su largo deambular por diversos planetas.

Las paredes de plástico térmico o refrigerante, según la conveniencia de cada huésped, tenían un tono azul oscuro.

A Walter no le agradaba este color y se apresuró a cambiarlo.

Al lado de la puerta había varios pulsadores en distintos colores.

Oprimió el verde. Desde pequeño tenía predilección por este color.

Después se dirigió a la cama y comprobó su blandura.

—No está mal, Jimmy—le dijo al robot que le observaba desde la puerta.

—Jimmy no contestó. En ello estaba, precisamente, la ventaja del servicio electrónico: ni criticaba ni había que darle propinas. Además, de una forma genérica, se les designaba a todos con el nombre de Jimmy.

Walter despidió al fámulo, y cuando éste cerró la puerta a sus espaldas, se dirigió a la pared que separaba su habitación de la de Gladys. La observó durante unos segundos con gran atención. Necesitaba comprobar si le era posible enterarse de lo que se hablara en la estancia vecina.

Sacó de la maleta un aparato en forma de media esfera, cuyos bordes terminaban en un plástico sumamente flexible.

Lo adhirió con destreza a la pared. En seguida ajustó algunas palancas e hizo funcionar varios diales.

Se produjo un pequeño zumbido, que fue creciendo progresivamente hasta reproducir con toda exactitud el ruido característico del agua al salir de un grifo.

Walter aprobó con la cabeza. Desde que salió del cuartel general de la policía, dudó de la eficacia de los aparatos que le suministraron. Nunca llegó a creer que con aquella especie de media esfera pudiera oír nada a través de un grueso muro de plástico magnetizado. Precisamente, su calidad magnética descomponía cualquier clase de ondas sonoras, destruyéndolas.

Ahora extrajo de la maleta un audifón de pequeñísimas proporciones y lo acopió mediante un fino alambre a la semiesfera. Con esto quedó terminado su trabajo, por el momento.

Todos los sonidos que se produjeran en la pieza inmediata, quedarían perfectamente registrados.

Sus próximos movimientos los decidiría aquella preciosidad de rubia llamada Gladys Kendall.

Pero Walter se equivocaba al juzgar que los acontecimientos tardarían en producirse.

Estaba desnudándose para tomar un baño, cuando una luz roja comenzó a parpadear intermitentemente en la esfera.

Walter tiró la camisa que se acababa de quitar y se acercó.

Con media vuelta de un conmutador, el pequeño altavoz se puso en marcha y reprodujo una interesantísima conversación.

—... Le digo que en cualquier momento ha cometido un desliz. Un desliz, agente 4,6,A. que ha sido captado por nuestros enemigos. Como consecuencia, estamos amenazados de un grave peligro—la voz del hombre se endureció—. Desde el principio, expresé mi disgusto

por su colaboración. Las mujeres no me agradan en esta clase de misiones.

La voz del hombre se extinguió con acento agresivo.

—Pero, señor—contestó una voz llena de cadencias musicales, que Walter supuso pertenecía a Gladys—. Me está acusando injustamente. Que yo sepa, no he cometido ninguna indiscreción. He cumplido al pie de la letra las órdenes que se me han dado, y hasta he conseguido un gran triunfo no hace mucho. Recuerde mi actuación en lo de los docu...

—¡Cállese!—cortó la voz del hombre con brusquedad—. Me consta que están siguiendo su pista. Lo he sabido hace unos minutos, y lo peor es que la mayor parte de nuestra red ha sido localizada y nuestras vidas penden de un delgadísimo hilo. Lo más grave es que ignoramos lo que el enemigo ha descubierto. El hombre que me facilitaba las informaciones, se halla estrechamente vigilado, y por esta causa no me ha podido comunicar el origen del desastre. En una palabra, hay que tomar medidas radicales.

La voz cesó durante unos segundos, y Walter oyó por el audifón unos paseos nerviosos.

Sonrió con alegre ironía. La suerte había sido muy benévola con él. Hacía escasos minutos que había llegado al hotel Raulia y ya tenía la clave del enigma.

—Mañana mismo-—sonó de nuevo la voz del hombre—. saldrá para Mercurio. De momento se tomará unas vacaciones, al margen de cualquier actividad. Necesito algún tiempo para reorganizar nuestras fuerzas.

—¿A qué hora saldré, señor?—preguntó la muchacha sumisamente.

—A las seis y treinta y cinco sale una astronave con rumbo a la Tierra. Debe partir en ella. En Nueva York recibirá nuevas instrucciones. ;Ah, señorita! No olvide adoptar toda clase de precauciones. Es posible que intenten seguirla.

—Así lo haré, señor.

—De acuerdo, agente: hasta la vista y suerte.

Walter sintió al hombre encaminarse hacia la puerta.

Una idea le asaltó.

Siguiendo al desconocido llegaría con más rapidez a su objetivo. Por la conversación que acababa de escuchar, había deducido que el hombre no era un simple agente como la muchacha.

Su tono de voz al dirigirse a la chica y al designarla como agente, no dejaba lugar a dudas.

De cualquier manera se puso la camisa y, de paso hacia la puerta, cogió la americana.

Mientras abría, recordó que iba desarmado; pero no le daba tiempo a sacar de la maleta su pistola pisotrónica. El hombre a quien pretendía seguir estaría llegando ya al servicio de ascensores.

Cerró la puerta de un portazo y anduvo por el alfombrado corredor a grandes zancadas.

En último caso, sus bien adiestrados puños le servirían de defensa.

CAPITULO III

El hombre era un tipo alto, pelirrojo, y su musculatura abombaba visiblemente la americana.

En aquel momento estaba hablando ante el micrófono del servicio de ascensores, ordenando, sin duda, que subiera uno a recogerlo.

Walter se detuvo un momento estudiando al individuo, mientras terminaba de ponerse la americana.

Una luz verde se encendió ante su perseguido anunciando que el ascensor esperaba.

El joven aguardó unos segundos, y cuando el hombre hubo desaparecido en el interior de la caja, llamó otro ascensor.

La amplia avenida estaba profusamente iluminada. El sol artificial lanzaba sus esplendorosos rayos rivalizando en luz y calor con los del astro rey que iluminaba Marte durante el día.

Cruzó la amplia calle, repleta de tráfico.

El espía se dirigió rectamente hacia el aparcamiento de vehículos situado unos metros más allá.

Walter se felicitó por haberle pedido un coche a Allasio.

Con su bólido no había peligro que su perseguido le despistase.

El pelirrojo sorteó algunos vehículos y se acercó a un magnífico coche verde.

Al igual que Gladys, el hombre debía poseer dinero en abundancia.

El coche que utilizaba estaba provisto de los últimos adelantos técnicos.

Nada más acercarse, se abrió la portezuela, manejada por los dispositivos fotoeléctricos incorporados últimamente a la industria del automóvil.

Walter se introdujo en su coche y conectó la puesta en marcha.

El automóvil verde arrancó con extrema suavidad, demostrando la perfección de sus mecanismos y la pericia del conductor.

El joven esperó unos segundos, dando tiempo a que el otro se distanciase un centenar de metros, y entonces pulsó el embrague automático.

Un apagado rugido demostró que los generadores atómicos funcionaban a la perfección.

Durante varios minutos siguió a su hombre por la recta avenida.

De vez en vez, los controles automáticos de tráfico, punteaban de

rojo o verde los lugares dedicados al paso de peatones.

El coche delantero acababa de rebasar uno de aquellos semáforos cuando se presentó el primer incidente desagradable.

En el momento que Walter iba a cruzarlo, la luz verde se extinguió, apareciendo en su lugar la roja.

Inmediatamente, el vehículo frenó la marcha, deteniéndose en la misma raya de paso.

Una riada humana se lanzó a la calzada.

—¡Maldita sea!—renegó Walter malhumorado.

Cuando el semáforo le dejó paso libre, miró hacia adelante. El otro coche había desaparecido.

Furiosamente giró el dial de velocidad hasta los setenta kilómetros. Aquella era la máxima velocidad permitida dentro del casco de la población.

Los edificios que bordeaban la amplia avenida se deslizaron con rapidez impresionante ante sus ojos.

Varios kilómetros más allá, la calle desembocaba en la carretera que iba a Kantters.

La carretera era de doble corriente, y en cada sección habían varias pistas que indicaban la velocidad a que se podía ir.

Walter se introdujo por la del extremo izquierdo. Por ella no había limitación en la velocidad.

Rabiosamente hizo girar el dial hasta su tope.

El bólido emitió un ahogado rugido y saltó hacia adelante.

El velocímetro giró enloquecido dentro de su esfera graduada y se detuvo, con leve chasquido, en el final. Su temblorosa aguja marcaba cuatrocientos veinte kilómetros.

El aire silbaba agudamente contra la carrocería, creando un concierto desagradable.

Walter conectó el piloto automático e hizo funcionar el televisor.

Los vehículos que marchaban en su misma dirección, quedaban atrás con rapidez.

Una duda asaltaba al joven. Estaba seguro que el hombre que perseguía no pudo tomar otra dirección, pero temía que llevara prisa y hubiese tomado la misma pista que él. En este caso, sería inútil su empeño. El vehículo que pilotaba el espía era tan rápido como el suyo y nunca conseguiría acortar la ventaja que le había sacado.

Nerviosamente fue oprimiendo los botones que había en el televisor hasta completar la cifra que el otro coche tenía por matrícula. Luego, encendió el proyector de radiaciones ultravioletas y cambió el canal de recepción televisada.

Con un suspiro se retrepó en el mullido asiento y sacó un cigarrillo. De momento tenía que esperar. El factor suerte decidiría el final de su aventura nocturna.

Los minutos fueron transcurriendo con lentitud exasperante.

La pantalla del televisor permanecía oscura, sin dar señales del coche que le interesaba.

Terminó el pitillo y lo aplastó contra el cenicero.

El reloj del salpicadero marcaba las once y tres minutos de la noche.

Walter alargó el brazo, dispuesto a interrumpir la inútil carrera.

Su índice rozaba ya el conmutador de parada, cuando el televisor destelló con insistencia.

Dos segundos más tarde apareció lo que había estado buscando.

En la pantalla se dibujó la trasera del automóvil verde.

Marchaba por la pista que tenía a su derecha y distaba menos de cincuenta metros.

Walter aminoró su marcha y pasó a la pista vecina.

Una sonrisa alegre curvaba sus labios. El espía no se le volvería a despistar. En la carretela no había semáforos inoportunos.

El coche verde continuó su carrera uniforme unos kilómetros más y, aminorando la velocidad, fue pasando a las pistas contiguas, hasta situarse en la primera.

El muchacho le siguió, suponiendo lo que aquello significaba.

Sin duda alguna, el hombre se disponía a abandonar la carretera general que había estado siguiendo.

Sus suposiciones resultaron acertadas.

El pelirrojo se introdujo por un camino particular.

Walter se detuvo un poco para dar tiempo a que el otro se alejara. El solitario camino no le permitía marchar demasiado cerca.

Con atención oteó el panorama que se extendía ante él.

Sus ojos divisaron una quinta situada sobre una pequeña elevación del terreno.

—Un sitio ideal para nido de espías —monologó Walter, comprobando que los alrededores estaban desiertos.

Escondió el bólido entre los árboles que circundaban el camino y, sin darse demasiada prisa, se dirigió al chalet. Estaba seguro que aquél era el destino de su hombre.

* * *

Resguardado tras un denso parterre, echó un vistazo al enorme edificio que tenía a menos de veinte metros.

El coche que había estado siguiendo estaba detenido ante la puerta y no se veía a nadie por los alrededores.

Una nueva mirada le demostró que las ventanas del piso bajo estaban perfectamente cerradas.

Walter frunció las cejas con disgusto. Su intención era introducirse en el edificio y enterarse de lo que contenía.

Si sus suposiciones eran acertadas, allí encontraría muchas respuestas a las interrogantes que la actuación de los espías había originado al general Mankiewicz.

Procurando no hacer ruido ni abandonar la protección de las plantas, fue rodeando su objetivo.

Una pequeña ventana situada a ras del suelo atrajo poderosamente su atención.

Sin dudarlo un momento, corrió hacia ella.

Estaba cerrada, y. según pudo observar, funcionaba por medio del conserje electrónico.

Conocía sobradamente el sistema de este portero mecánico.

En el vestíbulo de la finca había instalado un cerebro electrónico con un registro de ventanas y puertas. El aparato cerraba todos los huecos herméticamente, a menos que recibiera órdenes en contrario. Pero esto era lo de menos. Lo verdaderamente importante, lo que a Walter le hizo detener y dudar, era la seguridad que si forzaba la entrada por allí se produciría la alarma inmediatamente.

Pensativo, estudió el pestillo electrónico y sus características.

Era moderno. De los últimos modelos lanzados al mercado. Aquella gente no se andaba con remilgos en sus empresas y, según iba viendo, no reparaban en gastos al comprarse un automóvil o asegurar su impunidad. Era una organización bien regida.

La atención de Walter recayó sobre los vidrios, intentó ver el interior de lo que él suponía el sótano, pero los cristales estaban fabricados a prueba de miradas indiscretas y no le permitían satisfacer su curiosidad. En cambio, desde dentro, podían estar espiando todos sus movimientos.

Este pensamiento le produjo un desagradable escalofrío.

Lo poco que sabía de aquella gente le hacía pensar que no se detendrían ante nada. Si lo sorprendían intentando espiarlos, no dudarían un segundo en hacerlo desaparecer.

Extrajo de un bolsillo un cortaplumas y lo introdujo entre el marquillo de hierro que sujetaba los cristales.

Sus esfuerzos resultaron perfectamente inútiles. La pestaña era de acero puro y la débil cuchilla era insuficiente para vencer la resistencia que le oponía.

Se fijó en uno de los cristales. ¡Si pudiera romperlo sin hacer demasiado ruido!

Sacó el pañuelo y lo arrolló en su mano derecha. Acto seguido descargó un fuerte golpe en el centro del vidrio.

Una lluvia de cristal pulverizado tintineó en el interior.

Walter escuchó durante unos segundos con ansiedad. El ruido había sido suficiente para sembrar la alarma en los habitantes de la casa.

El silencio más absoluto había vuelto a apoderarse del lugar.

El joven introdujo los pies por el hueco que había quedado libre y se descolgó en el interior de la habitación.

Una rápida mirada le demostró la ausencia de personas. Se hallaba en un amplio sótano alumbrado débilmente por la luz que entraba por varias ventanas. La sala tendría unos quince metros de largo por cinco de ancho. Las paredes estaban completamente desnudas, y del techo pendían algunos focos, apagados a la sazón.

Adosados a las paredes se veían una gran diversidad de aparatos de uso desconocido para Walter.

El joven se acercó a uno y lo examinó con atención. Tenía un metro, aproximadamente, de alto por dos de largo. En la superficie superior había una infinidad de esferas graduadas y diales.

El frente estaba ocupado íntegramente por un cristal fluorescente, sin duda una pantalla, aunque de momento no supo explicarse para qué podría servir.

Unos metros más allá, divisó una puerta cerrada.

Decididamente, se encaminó hacia ella y la abrió con precaución.

Ante su vista apareció una escalera que ascendía hasta el piso superior.

Desde arriba le llegaron unas voces apagadas.

Puso atención, aguzando sus oídos cuanto le fue posible, pero las palabras llegaban tan débiles, que no pudo captar su sentido.

Lentamente, reconociendo los sitios donde pisaba, comenzó a subir los peldaños.

Cuando llegó al final de Ja escalera, comprendió la razón de no oír con claridad desde abajo.

La escalera desembocaba en una amplia pieza amueblada con lujo.

A la derecha se abría una puerta por la que le llegaban perfectamente audibles las palabras.

—He dado orden a Gladys para que abandone Marte la próxima madrugada—sonó la voz del pelirrojo que visitara aquella misma noche a la muchacha en su hotel.

—No creo que consigamos nada práctico con ello, señor Freeman.

—No. Es cierto. Creo que nada podremos arreglar con su marcha, excepto salvarle la vida a ella y quizás a los demás agentes, ¿te parece poco, Larden?

—No, señor. Lo que quería decir es que mientras no sepamos a ciencia cierta qué es lo que han descubierto de nosotros, andaremos a ciegas.

Freeman, el pelirrojo, dio unos paseos por la estancia. Walter lo vio con las manos atrás y un gesto de preocupación en el semblante.

—Tendremos que sobornar a otro hombre. El que nos suministraba las informaciones ha sido detenido. Acabo de enterarme. Esto empeora las cosas. Ve al sótano y establece comunicación con...

Walter no pudo escuchar más.

Algo pesado chocó contra su cabeza y se sintió caer al suelo, envuelto en una densa nube de tinieblas.

CAPITULO IV

Por última vez, señor Asmore, ¿se decide a hablar o no?

—Por última vez, señor Freeman—remendó el muchacho con ironía—. Ya le he dicho todo. Me llamo Walter Asmore y me dedico a... comerciante. Comercio con todo lo que me deja buenos beneficios. ¿Hay alguna ley que prohíba esta clase de negocios?

—¿A qué clase de negocios se refiere usted concretamente, señor Asmore ?—preguntó abruptamente el pelirrojo.

El muchacho hizo un gesto ambiguo y contestó:

—Mis negocios no están definidos.... quiero decir que me dedico a traficar con cualquier cosa. Lo esencial es que me produzca buenos dividendos.

Freeman lanzó una mirada al hombrecillo que permanecía a su lado. Las palabras del joven le tenían sumido en un mar de confusiones.

—No crea una palabra, jefe—dijo Dorck Larden—. Este hombre entró con el decidido propósito de espiarnos. Lo verdaderamente interesante es que diga si venía solo y quién le ordenó este trabajo.

Hacía más de media hora que había recuperado el conocimiento y más de veinte minutos que le estaban interrogando. Desde un principio trató de despistar a los espías haciéndoles ver que era un hombre sin escrúpulos. Ahora se dispuso a entrar de lleno en el tema y jugarse todo a una carta.

—Nadie me encargó esta faena. Trabajo por mi cuenta.

—¿Y qué pretendías al introducirte en esta casa ?

—¿Que conoce nuestras actividades?—sobresaltóse Freeman.

—Sí; hace algún tiempo que sigo con mucho interés sus actuaciones. Su red de espionaje no está mal del todo—aclaró con cautela Walter.

—¿De modo que sabes que nos dedicamos al espionaje ?

—-Naturalmente, señor Freeman. Ya se lo he dicho antes.

—¡Las cartas boca arriba. Asmore! ¿Qué interés lleva en todo esto? Conteste rápido y dejo de mentir. Su vida está corriendo un gravísimo peligro.

—Mi único interés en esta vida es el dinero, Freeman. Yo siempre estoy al lado de las ganancias fáciles.

—¿Pretendía hacernos chantaje?

—Nada de eso, amigo Freeman. Sólo intentaba descubrir de qué

medios se valen para atravesar la cortina electrónica que rodea los planetas de esta confederación. Este secreto me hubiese valido muchos miles.

El impacto fue certeramente dirigido. El rostro del pelirrojo palideció visiblemente.

—¿En qué se funda para creer que nosotros estamos en posesión de ese secreto?

El muchacho sonrió con sarcasmo y se retrepó en la silla, adoptando una expresión cínica.

—Vamos, señor Freeman, ¿cree que soy un novato? Ya le he dicho que conozco su organización y el trabajo que realiza.

—No creo que sea un novato, Asmore; por el contrario, empiezo a considerar seriamente la idea que sea un agente enemigo. Llevamos media hora larga hablando v hasta ahora ha dicho demasiadas cosas sin concretar nada. Debo felicitarle por su habilidad, pero le aseguro que mi felicitación equivale al pésame por su defunción. Yo tampoco soy un principiante.

El esmirriado individuo, llamado Larden, dirigió una maligna mirada a Walter y arguyó:

—Podemos emplearnos a fondo con él, jefe: Estoy seguro que podrá decirnos cómo han llegado a sospechar de nosotros y del hombre que nos facilitaba las confidencias. Hasta puede que nos diga el nombre del traidor que se alberga en nuestra organización.

Las palabras envolvían una amenaza que quedó flotando en el aire.

Walter comprendió que no podría seguir la farsa durante mucho tiempo. Los hombres que se le enfrentaban eran demasiado duchos para dejarse engañar tan fácilmente.

Freeman se había puesto a pasear por la habitación, reflexionando.

En su espaciosa frente se marcaba una profunda arruga de preocupación.

Larden había colocado un cigarrillo entre sus delgados labios y fumaba con gesto displicente, mirando con los ojillos entrecerrados al muchacho.

En aquel momento, entró en la estancia el gigantesco individuo que sorprendiera a Walter.

El joven le dirigió una aviesa mirada. Aún no había olvidado el porrazo que le privó de sentido ni los varios cubos de agua helada que el forzudo le vació encima para despabilarlo.

—Jefe—dijo el recién llegado—. Kay un mensaje que quieren darle personalmente.

—Bien; ahora voy. ¡Ah! Anuncia que tengo necesidad de ponerme

al habla con el alto mando. Debo comunicar la captura de este hombre y pedir instrucciones.

—Bien, jefe.

Freeman lanzó una mirada a su prisionero y se dispuso a salir de la estancia.

Walter le detuvo con unas palabras llenas de ironía.

—Al parecer, Freeman, sus medios no se limitan a poder traspasar la cortina electrónica, sino que también puede establecer comunicación con otros planetas. Muy interesante. Me gustaría saber de qué medios se vale para neutralizar el campo ionizado. Veo que todas las medidas de seguridad que han adoptado en esta federación de planetas, resultan inútiles frente a usted.

El pelirrojo le miró furioso y, mordiendo las palabras, contestó:

—Es usted muy observador, Asmore; pero, en cambio, no asimila bien las cosas.

—¿Qué quiere decir?

Freeman le miró enigmáticamente y contestó:

—Quiero decir que, si de verdad fuese tan listo como pretende hacemos creer, ya habría desistido de mentir. Debe convencerse que, si mi poder llega hasta el punto de traspasar esa cortina electrónica, el campo ionizado y algunas cosas más que usted ignora me será sumamente fácil enterarme de lo que guarda tan celosamente en su precioso cerebro. Le aconsejo que medite en su situación. Cuando regrese, quiero la verdad, Asmore. Toda la verdad o me obligará a usar medios que le dejen sin voluntad. ¿Me va comprendiendo ?...

El espía terminó de hablar con una sonrisa que inquietó al joven.

—Quédate vigilando a nuestro huésped y no te confíes, Larden.

—Descuide, jefe—contestó el encanijado hombrecillo, extrayendo una pistola de la sobaquera.

* * *

Walter detuvo sus nerviosos paseos y consultó la hora en su reloj de pulsera.

Faltaban noventa minutos para que Gladys, la preciosa espía rubia, partiera con rumbo a la Tierra.

El muchacho hizo un gesto de enfado y reanudó sus paseos por la habitación que le habían asignado como calabozo.

Le inquietaba sobremanera la extraña actitud que observó en Freeman cuando regresó del calabozo. El pelirrojo no continuó el interrogatorio como dijera. Se limitó a ordenar a Dorck Larden que lo

encerrara allí hasta nuevas órdenes. De esto hacía varias horas. Varias horas que al joven se le estaban haciendo interminables. Un torbellino de pensamientos giraba alocadamente en su cerebro. Cada minuto eme pasaba, crecía su ansiedad. El corazón le palpitaba con fuerza y los nervios los tenía tensos como cuerdas de violín. Un amplio camp > de posibilidades se ofrecía a su febril imaginación.

Walter se torturaba pensando si es que habrían descubierto su verdadera personalidad y la misión que le había encomendado el general Mankiewicz. Según oyera tenían a un hombre introducido en algún organismo oficial que les facilitaba informes valiosos.

Esta posibilidad era la que más visos de realismo ofrecía. El cambio de actitud de Freeman a su regreso, parecía confirmar sus temores; pero de ser así. Walter estaba seguro que no hubiesen perdido el tiempo en encerrarlo. Un solo disparo de la pistola pisotrónica de Larden hubiese acabado con él sin dejar rastros del crimen. Conocía perfectamente la acción desintegrador de aquella clase de armas. Su cuerpo se hubiese transformado en un fofa columnilla de humo que, no tardando, se habría diluido en el aire.

Por centésima vez llegó a la conclusión que algo importante, el eje sobre el que giraba todo el caso, lo desconocía. Ninguna teoría que formulara tendría valor hasta que no conociese el factor esencial. Se encontraba ante un rompecabezas en el que faltaba la pieza clave.

El pestillo automático de la puerta le sacó de sus cavilaciones.

En el umbral apareció Dock Larden con su inseparable pistola.

—¿Qué tal van sus meditaciones, señor Asmore ?—preguntó burlonamente.

—¿Cuándo piensan sacarme de aquí?

—No se impaciente, amigo. Le vamos a sacar de esta habitación y hasta del planeta. Al parecer, es usted una persona demasiado importante...

—¡Eh!... ¿Qué dice?—le interrumpió Walter sobresaltado por completo—. ¿Piensan sacarme de Marte?

—¿No le agrada la idea?

—Esto es un rapto que las autoridades se encargarán de castigar.

El hombrecillo rió sarcástico.

—No olvide, señor Asmore, que le sorprendimos dentro de nuestra casa. Allanar la morada ajena también constituye un delito.

—Déjese de palabras y dígame dónde piensan llevarme.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Salga y no intente ninguna tontería. Tengo orden de disparar si intenta evadirse.

Walter se inclinó sobre la cama para recoger la chaqueta. Sin decir

nada avanzó hacia la puerta. Larden se apartó a un lado sin dejar de apuntarle con el arma.

El joven llegó a su altura e, inesperadamente, entró en acción con la velocidad del rayo.

Su mano izquierda hizo presa en la muñeca armada de Dorck y la impulsó hacia arriba velozmente.

La pistola emitió un deslumbrante parpadeo violáceo y el techo desapareció en una circunferencia de dos metros de diámetro.

Walter lanzó un bufido de cólera y su derecha se estrelló con ímpetu salvaje en la barbilla de su enemigo.

Larden lanzó una exclamación y se derrumbó como una masa inerte.

El joven le arrebató la pistola y salió de la habitación. Su propósito era detener al pelirrojo Freeman. Sabía que con ello no adelantaría gran cosa. Los espías negarían decididamente todos los cargos que le hiciera y tendría que empezar de nuevo sus investigaciones.

Decididamente, había tenido mala suerte. De no haberlo sorprendido cuando escuchaba la conversación de Freeman con Larden, estaría a punto de dar cima a su misión.

Con celeridad, fue abriendo las puertas que iba encontrando en su camino. La casa parecía estar vacía.

Llegó a la planta baja y se introdujo en la habitación que comunicaba con el sótano.

Allí tampoco había nadie. Un corto corredor le condujo al vestíbulo. La puerta de la calle estaba abierta. El muchacho lanzó un vistazo al exterior y se quedó boquiabierto.

Nunca llegó a imaginarse que la osadía de aquellos hombres llegara al extremo de posar una astronave ante la puerta de la casa. Y, sin embargo, no había duda, El aparato interplanetario permanecía allí, dispuesto para lanzarse al cosmos en cualquier momento.

Tenía la escotilla abierta, y varios hombres, provistos de trajes espaciales, se dedicaban a estivar algunas cajas de gran volumen. Freeman observaba sus movimientos a varios pasos de distancia.

De pronto, uno de los astronautas lanzó una interjección y llevó la mano a la pistolera.

Los demás miraron con asombro hacia el lugar donde estaba Walter. Una maldición escapó de los labios del joven al saberse descubierto.

El plan que había estado fraguando para sorprender al grupo, había fracasado antes de empezar.

De un salto se refugió tras el quicio de la puerta y disparó sin

apuntar apenas.

Un coro de maldiciones le advirtió que su pistola había hecho blanco.

Vaciló un momento sin saber que partido tomar. Quedarse allí, esperando el ataque de sus enemigos, era peligroso. Ellos conocían perfectamente la casa y acabarían dándole una trágica sorpresa.

Pensó en la ventana del sótano por donde había entrado y, sin dudarlo, corrió hacia allí. Además, en su cerebro acababa de nacer una sospecha.

Desde que viera las máquinas en el sótano, estuvo pensando a qué fines las destinarían.

Ahora, mientras corría, adivinó que con ellas franqueaban los espías la cortina electrónica e inutilizaban el campo ionizado.

Bajó los peldaños de tres en tres. Las precipitadas carreras que oía a sus espaldas le indicaban que sus enemigos le estaban persiguiendo encarnizadamente.

Alcanzó la amplia sala del sótano y disparó repetidas veces contra los diversos aparatos que había adosados a las paredes.

Cuando llegó ante la ventana, no le quedaba detrás otra cosa que una densa polvareda de materiales desintegrados.

Un nuevo disparo volatilizó el resto de los cristales y su armadura metálica.

El camino estaba expedito.

De un ágil salto se aferró al alféizar y se remontó a pulso.

El tibio aire de ¡a noche refrescó deliciosamente la requemada piel de su rostro.

Lanzó una cautelosa mirada en derredor y, no viendo a nadie, corrió hacia los verdes parterres. Si conseguía llegar hasta ellos, tendría una posibilidad de salir con vida de la aventura.

Se lanzó de cabeza entre un espeso macizo de flores en el mismo instante en que un disparo hacía arder la tierra que momentos antes pisaban sus pies.

Desde el suelo tomó impulso con el codo y se lanzó rodando entre la densa vegetación.

Nuevos disparos le persiguieron sañudamente.

El hombre que disparaba dio voces llamando la atención de sus compinches, que no tardaron en responderle.

Walter paró en sus volteretas e, instintivamente, se refugió tras un grueso tronco. Sabía que su parapeto no le serviría de nada si le descubrían. Un disparo de aquellas armas terminaría con el árbol y con él en una diezmilésima de segundo. Asomó la cabeza con

precaución y vio a dos de los hombres vestidos con traje espacial.

Uno de ellos, seguramente el que le había estado disparando, indicaba con la mano el sitio por donde se había introducido.

Freeman y dos hombres más acudían corriendo frenéticamente.

El pelirrojo empuñaba un riñe de largo alcance y sus ojos escudriñaban obstinadamente la arboleda.

Walter retrocedió, reptando con infinitas precauciones. Si lo descubrían estaba perdido. El arma que empuñaba Freeman era de las mismas características que las pistolas de sus compinches, pero les aventajaba en alcance.

Sus enemigos se habían desplegado ahora en arco y avanzaban con gran sigilo, dispuestos a terminar con él a toda costa.

El muchacho se desvió hacia la derecha intentando esquivar el cerco mortal.

Su mente trabajaba a marchas forzadas buscando una solución.

Un destello le hizo precipitarse contra el suelo.

El sol artificial al destellar contra el acero del arma, y su rapidez, le salvaron la vida.

Varias armas dispararon con celeridad buscando su cuerpo.

Cinco a seis árboles cayeron estrepitosamente al desaparecer sus troncos.

Walter lanzó una imprecación y rodó sobre sí mismo, esquivando el alud vegetal.

Lo habían vuelto a localizar.

Apuntó brevemente y disparó varias veces contra sus perseguidores.

Varios árboles más se derrumbaron con fúnebres chasquidos.

Walter miró desesperado a su alrededor y, al divisar una pequeña zanja de riego, se zambulló en ella.

Doblado sobre sí mismo, corrió cuanto pudo.

No le importaba el sitio donde le conducían sus pasos, Lo importante era alejarse de sus enemigos.

Se detuvo un centenar de pasos más allá y levantó la cabeza.

La pequeña zanja le había llevado ante la fachada principal de la casa.

Junto a la astronave había un hombre empuñando un fusil pisotrónico. El individuo en cuestión miraba en dirección a sus compinches.

Walter se deslizó hacia el camino que unía la finca con la carretera general. Si conseguía alcanzar su bólido, estaría salvado.

Pronto tuvo que abandonar la idea por impracticable. La zanja que lo estaba protegiendo, se desviaba en sentido opuesto al camino y, sin su resguardo, el hombre que estaba de centinela ante la nave espacial, le descubriría inmediatamente.

Miró hacia los hombres que le rastreaban y los divisó en el sitio donde se tirara a la acequia. No tardarían mucho en estar nuevamente sobre sus pasos.

—No le quedaba más que una alternativa: hacerse con la astronave.

Tomando infinitas precauciones, avanzó unos metros, los suficientes para que el centinela le diera la espalda.

El hombre seguía pendiente de los movimientos de sus compañeros y no se le ocurrió sospechar que el enemigo surgiera por el sitio opuesto a donde le buscaban.

Walter se descalzó para impedir que la gravilla de la plazoleta crujiera y se situó a medio metro de su enemigo.

Un culatazo científico le hizo caer sin sentido. Walter le quitó el fusil y saltó al interior dé la astronave. Mientras cerraba la escotilla, miró al grupo de hombres que lo rastreaban.

Una alegre sonrisa curvó los labios del joven. Sus enemigos no habían advertido su rápida maniobra.

Apresuradamente, se dirigió a la cabina de mandos y puso en marcha los motores.

Las cinco turbinas emitieron un potente rugido y las llamas salieron en apretados haces por las toberas de escape.

Walter miró la esfera de despegue. La aguja avanzaba temblorosa, como indecisa, hacia el número cero.

El joven esperó unos segundos más y conectó el mecanismo de despegue.

La astronave vaciló un segundo y, con un estremecimiento que hizo vibrar su metálica estructura, se lanzó al espacio.

Walter lanzó un vistazo a sus chasqueados enemigos y los vio mirando asombrados el veloz ascenso de la nave.

Una sonrisa burlona fue su despedida.

Ahora que el peligro había pasado, se daba cuenta de lo cerca que estuvo de la muerte.

Nuevamente se dirigió al tablero de mandos y puso la nave en vuelo horizontal. Su propósito inmediato era llegar al aeropuerto de Chutter.

Conectó la radio y llamó al aeropuerto.

Una chica le contestó desde la torre de control.

Walter pidió que le pusiera en comunicación con el señor Allasio.

La cara mantecosa del italiano reflejó una cómica sorpresa cuando le vio a través de la pantalla.

—¿De dónde sale, señor Asmore? Hace más de tres horas que intento ponerme en contacto con usted sin resultado.

—He estado en una finca que hay a unos noventa kilómetros en dirección a Kantters. No estaría de más que enviase a unos cuantos hombres bien armados y detuvieran a los inquilinos de esa casa. Encárgueles que tomen precauciones. Son gente muy peligrosa. Y ahora, señor Allasio, haga el favor de ponerme en comunicación con el general Mankiewicz, es urgente.

—¿Ocurre algo en lo que pueda ayudarle yo, señor Armore?...

—No ocurre nada, señor Allasio—le interrumpió el joven—. Simplemente tengo necesidad de hablar con mi superior y esta nave carece del circuito necesario. Tenga la amabilidad de establecer comunicación por su emisora. No tardaré más de cinco minutos en encontrarme ahí.

Walter había calculado bien. Antes que hubiesen transcurrido tres minutos, estaba sobre el campo y cuando la torre de control le concedió pista, aterrizó en contados segundos. No en balde era uno de los mejores oficiales de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario.

Allasio le esperaba en su despacho y en la pantalla del aparato de radio, aparecía el rostro del General Mankiewicz con expresión preocupada.

Tan pronto vio al muchacho entrar, sonrió exhalando un suspiro.

—¿Qué le ha sucedido, comandante?

El muchacho se cuadró ante su superior y no contestó. En su lugar, miró significativamente al italiano.

El hombre disimuló su desconcierto con una tosecilla y dijo:

—Le dejo a solas con su jefe, señor Asmore. Cuando terminen de hablar no tiene más que apretar ese pulsador.

—Bueno, ¿a qué viene tanto misterio?—insistió el general, viendo que Walter cerraba la puerta cuidadosamente a espaldas de Allasio.

—Me han sucedido una infinidad de cosas, señor. Di con la rubia y escuché una conversación interesantísima. Lo que no comprendo —dijo cuando terminó de relatar lo que le había sucedido—, es cómo usted no me avisó que habían descubierto la red de espías.

La fisonomía del general había asumido una gravedad imponente.

—No le avisé de ello, comandante, por una razón muy importante: porque nosotros no hemos descubierto ninguna red de espías ni hemos detenido a nadie que estuviera introducido en nuestros organismos

estatales.

Walter respingó sobre la butaca en que estaba sentado. Hubiese esperado cualquier cosa menos aquella revelación.

—Pero, señor; yo mismo oí, primero en el hotel y después en la casa, cómo hacían cabalas sobre el posible desliz que había dado origen a su localización. Además, mi presencia pareció confirmarles plenamente su teoría. Ni por un momento dudaron que yo era un agente enemigo. Ya le he dicho que estaban dispuestos a sacarme de Marte. Seguramente con destino a Júpiter.

—Comandante Asmore, todo eso que me está diciendo es chino para mí. No entiendo ni palabra. Hace menos de diez minutos he estado hablando con el departamento de defensa y me han asegurado que los agentes de seguridad interior no habían podido encontrar el menor rastro de las personas que intervinieron en los robos de documentos. Con certeza, Asmore, no tenemos ni la mas remota idea de quiénes integran esa organización.

Walter no supo qué responder. Las palabras de su jefe le habían sumido en una terrible concusión. Las hipótesis que había confeccionado a costa de tantos esfuerzos, estaban destruidas, pulverizadas. Tenía que empezar de nuevo. Pero, ¿por dónde?...

Pensó volver a la finca donde estuvo a punto de morir, pero esto no le serviría de nada. Los hombres que quedaron allá se habrían apresurado a huir cuando le vieron desaparecer con 1a astronave.

Se acordó de la rubia Gladys. La muchacha seguía siendo una buena pista y merecía la pena continuarla hasta el final.

Consultó la hora, Faltaban quince minutos para que la astronave saliera con rumbo a la Tierra.

—No comprendo nada de todo esto, señor. Sus palabras han destruido por completo la idea que me había forjado del asunto.

—¿Qué piensa hacer?—inquirió el general.

—Mi única pista es la rubia, señor. Dentro de unos minutos saldré para la Tierra y le aseguro que la seguiré hasta el mismo infierno si es preciso.

—Téngame al corriente de lo que vaya averiguando, comandante.

—Así lo haré, señor, y no estaría demás que enviara a alguien a la Tierra. Puedo necesitar ayuda en cualquier momento.

—Le enviaré un agente al aeropuerto. Y no olvide mi consejo, Asmore, esa misión es demasiado escabrosa.

Walter cortó la comunicación y salió del despacho.

Allasio le esperaba afuera hablando con su secretaria.

—Necesito un pasaje en la astronave que partirá con rumbo a la

Tierra dentro de nueve minutos—dijo, consultando la hora.

El obeso italiano introdujo un dedo entre el ajustado cuello de su camisa y soltó un bufido.

—No sé si podré conseguirlo, señor; están todas las plazas cubiertas y…

—Arréglelo de cualquier manera, tengo que salir en esa nave. Además—añadió viendo el gesto de cómica resignación que se había plasmado en la redonda cara de su interlocutor—. De esta forma me perderá de vista y ganará en tranquilidad.

Allasio se introdujo en su despacho con un nuevo bufido que el joven no supo si era de cólera o de satisfacción por el anuncio de su marcha.

—Y usted, monada—dijo a la morena secretaria que le miraba con ojos agrandados por el asombro—. Deje de mirarme con esos luceros que tiene por ojos y preocúpese que traigan mi equipaje del hotel Raulia. Dése prisa, ya ha oído que tengo que tomar esa astronave.

—Sí, sí, señor.

—¡Ah! Y cuando tenga tiempo, dígale a su jefe que en la finca de la carretera quedó su bólido oculto entre unos árboles.

La muchacha volvió a asentir y salió de la habitación balanceando despectivamente sus amplias caderas.

Walter sonrió humorísticamente y encendió un cigarrillo con parsimonia.

CAPITULO V

La inmensa astronave que hacía los servicios de correo entre la Tierra y Marte, se puso en movimiento.

Varios minutos le bastaron para franquear los ciento cincuenta kilómetros que mediaban entre el suelo marciano y la envoltura electrónica que rodeaba el planeta.

Una luz roja avisó a los pasajeros que iban a detenerse.

En efecto, la velocidad del aparato fue decreciendo sensiblemente, hasta detenerse por completo en la pequeña pista que había en la plataforma del satélite habilitado como aduana.

Un mecanismo invisible hizo que la pista descendiera junto con la astronave, hasta situarlas en el interior de la esfera. Una cortina de partículas ionizadas cubrió el hueco que había quedado, impidiendo que el aire del interior escapara al cosmos.

Los pasajeros fueron desembarcando para efectuar los trámites aduaneros.

Walter esperó junto a la puerta hasta descubrir a la rubia Gladys.

El muchacho lanzó un silbido admirativo que arrancó una sonrisa de coquetería de los gordezuelos y rojos labios femeninos.

—¡Diablos! Nunca había visto una preciosidad como usted, señorita—dijo recorriendo el escultural cuerpo de Gladys con ojos admirados.

La joven descendió aparentando no prestar atención a sus palabras y se encaminó al edificio que hacía las veces de aduana.

Walter la siguió y. poniéndose a su lado, insistió en su empeño de entablar conversación.

—Ahora creo recordar que la he visto en Chutter, señorita.

Las facciones de Gladys expresaron sorpresa, pero en seguida sonrió abiertamente y contestó:

—Si no he oído mal, antes decía que nunca había visto nacía parecido a mí. ¿A cuántas chicas ha dicho lo mismo, señor... señor...?

—Walter Asmore, comerciante.

—Yo me llamo Gladys Kendall—dijo la joven, sonriendo hechiceramente, al tiempo que clavaba sus enormes ojos verdes en los de su interlocutor.

Walter se sintió ligeramente turbado ante aquella mirada. Las pupilas femeninas parecían dos enormes esmeraldas en cuyo interior se removieran inquietas las aguas de dos océanos.

—Por favor, señorita Kendall, ¿pretende hipnotizarme?...

—Solamente deseo conocer sus intenciones, señor Asmore.

—Por el momento, no van más allá de invitarla a tomar algo en el bar y charlar un rato mientras resuelven los pesados trámites de la aduana. Después... es posible que llegue a pedirle que se case conmigo.

Los dos jóvenes rieron con sana alegría. El hielo estaba roto.

—Va usted muy de prisa, señor Asmore, ¿no le parece?—dijo la rubia caminando de nuevo.

—Lo contrario, amiga mía. Empiezo a lamentar muy de veras el tiempo que he vivido desconociéndola.

La muchacha se detuvo de nuevo y examinó detenidamente el pelo castaño y ligeramente rizado de su interlocutor. De nuevo sus miradas se clavaron en los ojos pardos y, en seguida, se deslizaron por las correctas y viriles facciones.

—Estoy pensando que no habrán faltado aspirantes a su fuerte mano—dijo la chica admirando la recia musculatura del comandante.

Entraron en el amplio bar y se dirigieron a la barra.

Un robot que hacía las veces de «barman» les preguntó qué deseaban tomar.

—Una taza de café bien cargado—pidió Gladys.

—Lo mismo y una copa de coñac—agregó Walter.

Jimmy fue por lo pedido y lo depositó sobre el mostrador.

—Soy muy reacio al matrimonio, señorita Kendall—dijo el joven continuando con la conversación anterior—. Varias mujeres me han atraído con fuerza. Una pelirroja preciosa me ha hecho pensar seriamente en las ventajas de la vida hogareña, pero siempre ha triunfado el deseo de permanecer libre. En cierto modo me aterra la idea de hipotecar mi persona.

Gladys le miró por encima de la taza. En sus ojos danzaban unas luces burlonas.

—¿Qué tal era esa pelirroja, señor Asmore?

—¡Oh!, es un encanto de chica; tiene un tipo estupendo y está locamente enamorada de mí. Ese es el único defecto que le encuentro. Está dispuesta a convertirse en la señora Asmore a toda costa.

—Me da usted miedo—dijo la muchacha haciendo un mohín—. Por lo que veo, es usted un rompe corazones, señor Asmore.

Los dos jóvenes volvieron a reír.

En aquel momento los nombraron por un altavoz.

Walter abonó la consumición y, tomando a Gladys por el brazo, se encaminaron hacia una puerta que había al fondo.

Cuatro personas más entraron con ellos.

Las paredes de la habitación estaban formadas por grandes pantallas que ocupaban completamente los cuatro testeros.

Cuando el grupo de personas estuvo dentro, se encendió una luz verde en el techo y la puerta se cerró automáticamente.

Un zumbido de maquinaria se dejó oír entre las conversaciones del sexteto.

Durante unos segundos, los agentes electrónicos examinaron con sus invisibles y penetrantes ojos los objetos que cada uno llevaba. En el ánimo de todos estaba la seguridad que nada escaparía a la meticulosa pesquisa.

Pasaron treinta segundos y la luz verde fue reemplazada por una amarilla. Una puerta situada frente a la que les había dado acceso, se abrió silenciosamente.

El registro había terminado.

Los dos jóvenes se encaminaron a la astronave que ya había sido registrada.

Varios robots se dedicaban a poner en orden el equipaje de los pasajeros.

Walter acompañó a la chica hasta su camarote y se despidió hasta la hora de cenar.

Le hubiese gustado aceptar la invitación que le hizo para tomar algo en su compañía, pero tenía que ir a hablar con el jefe aduanero.

Estaba seguro que su equipaje estaría detenido y no quería que le buscasen, para evitar que la espía pudiera entrar en sospechas.

Satisfecho por el nuevo rumbo que tomaban las cosas, se encaminó a la dirección.

No se había equivocado.

Darrell, un tipo alto y esquelético, le miró con poca simpatía.

—¿Es de usted esta maleta, señor Asmore?

—Sí. Precisamente venía a reclamarla.

El hombre torció la boca en un gesto agresivo y respondió:

—¿Hay algún motivo especial que le permita llevar…, digamos ciertos objetos de uso…?

El amarillo verdoso de su cutis parecía cobrar un tono satisfecho ante la perspectiva de realizar un buen servicio.

—Existe ese motivo, señor Darrell. Vea mi documentación—dijo el muchacho, sacando de un escondrijo de su pitillera un trocito de microfilm.

Un leve gesto de desencanto apareció en los hundidos ojos del

aduanero.

Sin decir nada, tomó el trozo de plástico y se lo alargó a un agente.

—Compruébelo. Kat—dijo.

La pequeña tarjeta de identidad fue introducida en el proyector tridimensional.

Un solo vistazo le bastó al aduanero para saber la clase de persona que tenía delante.

Su actitud cambió por completo. El gesto desdeñoso desapareció de su cara, siendo sustituido por una sonrisa que descubrió dos hileras de amarillentos dientes.

—Perdone usted, comandante. Mi obligación es comprobar estrechamente la personalidad de todos los que cruzan la frontera. Yo…

Su actitud le recordó a Walter la de un perro apaleado.

—No tiene que excusarse, señor Darrell. Sé cuál es su obligación y me parece estupendo que la realice a conciencia. Lo que ya no me parece tan bien es que se alegre de que se cometan transgresiones en la Ley, por el simple gusto de castigarlas. Su deber y el mío es velar por que no se cometan delitos, pero no alegrarnos cuando nuestra obligación nos empuja a perseguirlos.

El hombre prorrumpió en una serie de excusas que Walter no se entretuvo en escuchar.

Dando media vuelta salió de la estancia y se dirigió hacia la astronave, que estaba a punto de lanzarse al espacio.

No bien hubo traspuesto la enorme escotilla, ésta se cerró.

El jefe de control dio la salida por radio y oprimió una palanca que abrió una puerta invisible, en la no menos invisible cortina electrónica.

El enorme correo terrestre se lanzó al espacio exterior con un potente rugido de sus motores atómicos.

CAPITULO VI

El amplio salón de la astronave estaba lleno de animación.

Los ritmos de una música alocada se esparcían por todos los rincones, enroscando sus invisibles notas entre la elegante concurrencia.

Infinidad de parejas danzaban frenéticamente en la encerada pista del centro.

Walter atravesó el amplio salón buscando con la mirada a alguien.

Más de una mujer volvió la cabeza para admirar su arrogante figura.

Gladys le embelesó con una seductora mirada y le indicó con un gesto su mesa.

—Buenas noches, señorita. ¿Le ha dicho alguien que su belleza supera y eclipsa totalmente a las mujeres que hay aquí?

—No me lo ha dicho nadie, señor Asmore, pero en cambio, he visto muchos pechos femeninos suspirar cuando cruzaba usted el salón.

—Creo que exageras, Gladys. ¿Te molesta el tuteo?

—No, cuando lo hacen mis amigos.

—Yo soy tu amigo y pretendo convertirme en algo más íntimo.

—Me das un poco de miedo, Walter—respondió Gladys, con un delicioso mohín lleno de picardía—. ¿Dónde está tu fobia al matrimonio? ¿Piensas hipotecar tu preciosa libertad?

—No me importaría terminar ante un altar, si eras tú mi futura mecha naranja.

La muchacha entornó los ojos y le miró a través de las largas y rizadas pestañas.

—¿Siempre eres así de impetuoso?

—Me apetece tu compañía. Empiezo a estar seguro que nunca me cansaré de admirarte.

—¿ Bailamos ?

—Encantado. Nada deseo más que tenerte en mis brazos.

Gladys le lanzó una mirada maliciosa, mientras se levantaba. Su belleza estaba realzada por el lujoso vestido de noche que ponía de relieve sus múltiples encantos.

El joven la enlazó por el talle y la condujo al centro de la pista mientras su sonrisa desaparecía. Empezaba a darse cuenta que aquella preciosa mujercita le atraía demasiado.

—¿Empiezas a sentir remordimientos, Walter?—le preguntó Gladys, mirándole con ironía,

—¿ Remordimientos ?

—Quiero decir que si ya te estás arrepintiendo de la declaración que me has hecho antes.

—Te equivocas, pequeña; estaba pensando dónde instalar nuestro nido. ¿Te gustaría Nueva York? Yo voy allí ahora, y…

Walter no pudo concluir la frase. Las luces del salón titilaron durante un corto segundo e, inmediatamente destellaron en tonos azules.

¡Era la alarma!

La música se extinguió bruscamente y las conversaciones cesaron como por encanto.

Los dos muchachos se miraron, llenos de sorpresa.

El rostro de Gladys expresaba ansiedad y su respiración se hizo anhelante.

Walter miró hacia la puerta del salón y, soltando a la muchacha, se encaminó hacia ella.

No llegó a dar dos pasos.

La puerta se abrió violentamente y por el hueco aparecieron seis hombres vestidos con trajes espaciales, que empuñaban amenazadora mente fusiles ciclotrónicos.

—¡Que nadie se mueva!—ordenó el que marchaba en cabeza.

Los cinco restantes se esparcieron en arco, sin dejar de apuntar a la concurrencia.

Walter intentó extraer la pistola que llevaba en la funda sobaquera.

El jefe de los asaltantes le apuntó con su arma, y amenazó:

—He dicho que nadie se mueva. Retire esa mano de su axila. Si obedecen no les ocurrirá nada. Nos interesa una persona de las que hay aquí. ¿Quién es Gladys Kendall?

Walter miró a la joven y la vio pálida y desencajada. Aquello era miedo. Pánico, pensó el muchacho.

Uno de los hombres armados empezó a recorrer el salón buscando con la mirada.

Cuando divisó a la aterrada muchacha sonrió siniestramente y se encaminó hacia ella.

—¡Vamos, nena! Es a ti a quien buscamos —dijo el hombre tomándola por un brazo y dando un tirón.

Gladys lanzó un grito e intentó desasirse. Dos lágrimas, producidas por leí humillación, rodaron por sus mejillas.

El individuo volvió a tirar con fuerza y arrastró a la muchacha hacia sus compinches.

Walter alargó un pie en el momento que el otro pasaba junto a él y le hizo caer.

Toda la rabia que había acumulado en los últimos segundos la descargó en un solo puñetazo, que hizo crujir la mandíbula de su contrario.

El bandido boqueó angustiosamente y se removió intentando quitarse de encima al muchacho.

No lo consiguió y, en cambio, se ganó otro cruzado que le hizo girar violentamente la cabeza.

Un grito de Gladys le hizo levantar la suya en el mismo instante en que la culata de un fusil chocaba contra su cráneo.

Walter sintió su cerebro agitado por un trueno que le ensordeció.

Sus ojos se nublaron y cayó hacia atrás, sin conocimiento.

El imponente silencio que se había hecho en la sala, fue roto por los entrecortados sollozos de Gladys, que se había arrodillado junto a Walter e intentaba sacarlo de su inconsciencia.

El jefe de la cuadrilla hizo una señal a dos de sus hombres y éstos se ocuparon de despertar a Walter y a su compinche.

Dos hombres más acudieron junto al grupo y ayudaron a poner en pie al joven.

—Tú también vienes con nosotros—dijo uno de los hombres dirigiéndose a Walter.

Empujados por las amenazadoras armas caminaron hacia la puerta del salón.

Dos hombres quedaron vigilando al público de la sala y se ocuparon de cerrar la puerta a espaldas de la banda.

Junto a la escotilla de salida, había varios hombres más, provistos de trajes espaciales y escafandras.

Walter y la muchacha fueron obligados a revestirse con uno y, luego, les colocaron las escafandras.

Cuatro hombres aparecieron en aquel momento, procedentes del interior de la astronave. Entre ellos marchaban el piloto y su ayudante.

El que capitaneaba el grupo de asaltantes dio unas instrucciones en lengua desconocida.

Las culatas de los fusiles se abatieron despiadadamente sobre las cabezas de los pilotos.

Los dos hombres rodaron por el suelo, sin emitir una queja.

Los aprehensores obligaron a los dos muchachos a salir fuera de la astronave y, valiéndose de pistolas propulsoras, flotaron hacia un gigantesco aparato de guerra que había detenido a un centenar de metros.

El asalto se había llevado con tanta rapidez que, antes de darse cuenta de lo que ocurría, Walter y Gladys se encontraban encerrados en una cámara de la gran astronave, y ésta navegaba a toda la velocidad de sus motores nucleares.

Atrás quedaba el correo terrestre y el asombrado terror de las personas que viajaban en él.

Gladys se acercó a su compañero de encierro y sus dedos acariciaron con suavidad el chichón que se había producido en el sitio que la culata golpeó.

—¿Cómo te sientes, Walter?—Hecho un verdadero lío y con un terrible dolor de cabeza—respondió el muchacho, acariciándose la parte dolorida.

—¿Qué te preocupa?

Walter se incorporó con furia mal reprimida. La pregunta de Gladys le había sacado de quicio.

—¿ Que qué me preocupa ? ¿Acaso nuestra situación es normal? ¿Por qué nos han raptado? ¿Qué hemos hecho nosotros a esta gente y quiénes son ellos?

La muchacha le miró desconcertada.

—Creo que iban buscándome a mí, pero al salir tú en mi defensa...

—¡Al diablo todas las mujeres!—exclamó Walter, siguiendo en su papel de simple enamorado—. ¿Qué clase de embrollo es éste?

—Por favor, Walter, cálmate. Siento haberte perjudicado, pero no ha sido culpa mía. Yo no podía sospechar que mi compañía te acarrease tantas molestias. Yo te contaré la verdad. Toda la verdad. Pero, por favor, no te enfades conmigo; yo... yo también empiezo a quererte, y me haces mucho daño con ese rencor que no merezco.

El muchacho no contestó. Su cerebro era un pozo de confusión.

Dio unos paseos por la reducida habitación, intentando poner en orden sus ideas.

En un principio creyó que todo aquello era una maniobra de Gladys. Pensó que de alguna manera había descubierto su verdadera identidad y urdió aquel rapto para quitarlo de la circulación. Pero ahora estaba seguro que la muchacha había sido el objetivo de sus

captores. A él lo raptaron incidentalmente. Desde luego, esto era así; pero, entonces, ¿quiénes eran ellos y qué pretendían con aquel aparatoso rapto.

Bruscamente se paró ante Gladys j lanzó una pregunta:

—¿Dónde están los documentos que tu organización robó en la Dirección General de Defensa de Nueva York, y los que sustrajeron en Lania, Venus y Marte? ¡Habla! ¿No estabas dispuesta a decirme toda la verdad?

Un velo de tristeza cubrió las bellas facciones de Gladys. Dos lágrimas ardientes rodaron, mansamente, por sus mejillas, y los jugosos labios temblaron imperceptiblemente.

—De modo que tu interés por mí era estrictamente profesional, ¿no?

Y su pregunta era tan patética, tan amarga, que Walter sintió un nudo en la garganta.

—No hablamos de mí—contestó con brusquedad, intentando rehacerse de su momentánea debilidad—. Hablamos de ti y de tus actividades. ¿Dónde están esos documentos y quién es el jefe de vuestra organización en nuestra confederación?

—No puedo contestar a esas preguntas, Walter. Desearía hacerlo, pero no puedo.

—¿Es Freeman el que dirige todo?

Los ojos de Gladys expresaron un asombro infinito.

—¿Le conoces?

—Sí. Conozco a ese maldito pelirrojo. Tuve ocasión de entablar relaciones con él y su satélite, Dorek Larden, en una finca que hay en la carretera que va a Kantters. ¿La conocías?

La joven asintió con la cabeza.

—Por cierto que pretendieron matarme; pero pude escapar en una astronave que tenían ante la casa.

—¿Y la astronave?—preguntó la joven con gran sobresalto—. ¿Qué hiciste de ella?

La dejé en el aeropuerto de Chutter. ¿Por qué?

—Porque en esa astronave estaban ocultos los planos por los que me preguntabas hace un momento.

Ahora le tocó el turno de sobresaltarse a Walter.

—Bueno—dijo tranquilizándose—. Al fin y al cabo, la astronave quedó bajo la vigilancia del jefe del aeropuerto mientras el general Mankiewicz mandaba algunos de nuestros hombres a recogerla.

Gladys le miró conmiseratívamente y dijo:

—Pero da la casualidad que el jefe del aeropuerto, así como el de

la base espacial donde está instalada la aduana son agentes al servicio de Júpiter. ¿No lo sabías? Por allí es por donde el espionaje jupitense pensaba sacar estos documentos. Lo hubieran conseguido a no ser por mí. Yo los recuperé cuando estaban a punto de salir de vuestra confederación.

—Pero, ¿quién diablos eres tú?—preguntó Walter, completamente desorientado.

—¡Qué pregunta!—exclamó la muchacha con sarcasmo—. Soy Gladys Kendall, ¿no lo sabías? —terminó, con tristeza.

—Quiero decir que para quién demonios trabajas. Yo creía que eras un agente al servicio de Júpiter. ¡Vamos! Cálmate—dijo, dulcificando el tono de su voz—. Después de todo, veo que no es imprescindible que seamos enemigos.

—Mi trabajo ha sido en beneficio de vuestra, confederación y de la paz—fue la desconcertante respuesta de Gladys.

—Recuerda que tú misma has confesado que te apoderaste de esos planos.

—Sí. Lo he dicho y lo mantengo. Pero se los arrebaté a un agente de Allasio cuando iba a entregárselos para enviarlos al enemigo. Freeman montó nuestra organización por orden del Gobierno de...

La puerta del calabozo se abrió de repente y entraron dos hombres armados.

Uno de ellos avanzó hasta situarse a espaldas de Walter y lo cacheó brevemente.

El muchacho vio desaparecer su pistola junto con el cortaplumas que siempre llevaba, inmediatamente se sintió lanzado contra la pared.

—Estése quieto ahí, comandante Asmore —dijo el hombre rudamente—. Y usted, señorita Kendall, venga con nosotros. El jefe de la astronave quiere verla.

—¡Eh! Un momento. La señorita no saldrá de aquí sin mí—exclamó Walter, avanzando un paso.

—¡Vaya! ¿Le agrada la compañía, comandante?—se mofó el hombre—. Yo creo que ya han charlado bastante de sus cosas. Nosotros estamos sumamente satisfechos por los informes que esta joven nos ha dado tan gentilmente. Crean ustedes que nos han hecho un favor inmenso diciéndonos dónde están escondidos los documentos.

Las palabras del hombre obraron como un revulsivo en el ánimo de Walter.

Inesperadamente se lanzó hacia adelante y de un tirón se apoderó del arma. Un puntapié en el pecho envió a su enemigo contra el otro

hombre que permanecía en la puerta.

Sus movimientos habían sido tan rápidos y bien medidos que cuando los dos hombres recuperaron el equilibrio y quisieron reaccionar se encontraron encañonados por Walter.

—¡Suelte esa arma, amigo!

El hombre que empuñaba el fusil dudó un segundo, pero al ver la decisión que alentaba en los ojos del comandante, obedeció sin rechistar.

El arma golpeó contra el suelo.

—Avancen unos pasos y sitúense de cara a la pared y con las manos en la nuca. Y desechen las malas ideas. Sé que uno de ustedes lleva mi pistola, pero les aseguro que al menor movimiento extraño, no dudaré en disparar.

Los dos hombres obedecieron en silencio.

Walter miró a Gladys con el rabillo del ojo.

La muchacha le contemplaba con admiración.

—Recoge ese fusil y cierra la puerta, Gladys.

La joven obedeció con rapidez.

—Ahora apunta a esos dos tipos, y si los ves pestañear dispara sin contemplaciones.

Walter dio un pequeño rodeo para no interferir la línea de tiro y se acercó a sus prisioneros. No se entretuvo en cachearlos. El plan que se le había ocurrido requería obrar con gran rapidez.

La culata del fusil entró en acción y dejó a los dos hombres inconscientes.

Un segundo después, Walter había recuperado su pistola.

—Vamos, pequeña, tenemos un trabajo que hacer. Luego terminarás de contarme tu historia.

—Sí, Walter—contestó la muchacha, completamente fascinada por el valeroso proceder de su compañero.

Sigilosamente se deslizaron fuera de la habitación. Un largo corredor presentóse ante ellos.

Avanzaron pegados a la pared y con las armas apercibidas.

Cuando llegaron al final, entraron en una habitación de la que arrancaban unas escalerillas.

Un ruido de pasos les indicó que alguien bajaba por ellas.

Walter indicó a la joven que se escondiera en el hueco que dejaban los peldaños y él se situó a un lado.

El hombre bajaba tranquilamente, silbando una extraña melodía.

Cuando llegó al último peldaño, Walter se le puso delante.

Un gesto de estupor descompuso las facciones del individuo. No tuvo tiempo para más. Un puñetazo en el hígado le obligó a doblarse sobre sí mismo y la culata del arma le golpeó la nuca con fuerza. La cabeza del hombre pareció aumentar excesivamente de peso y aterrizó junto a los pies del policía.

El joven lo tomó de los sobacos y lo arrastró hasta el sitio donde había escondido a Gladys.

Nuevamente se pusieron en marcha, ascendiendo las escaleras.

Otro corredor los condujo directamente a la cabina de mandos.

Walter abrió la puerta de par en par y saltó al interior, con el arma por delante.

Los dos pilotos se pusieron en pie, sobresaltados.

—Quietos, amigos, no deseo disparar, pero si me obligan-

No terminó la frase. Con el cañón del arma les indicó que se apartaran a un lado.

Gladys entró en aquel momento.

Los dos hombres la miraron con asombro.

La muchacha, con su vaporoso traje de noche y el amia firmemente empuñada, tenía un aspecto desconcertante.

—Cierra la puerta. Gladys. Y ustedes, ¿dónde está el aparato de radio?

Uno de los individuos se lo indicó con la vista.

—Tengan presente que.,mientras yo manipulo en ese aparato, la señorita les estará apuntando. No lo olviden y figúrense que son estatuas.

Rápidamente se situó ante el aparato y dejó el fusil sobre la mesa.

Durante unos segundos estudió la frecuencia del transmisor y empezó a mover mandos.

Varias veces lanzó la llamada de urgencia al cuartel general de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario,

No tardaron en contestarle. En la pantalla apareció el rostro del agente de servicio.

—Aquí el comandante Walter Asmore. Póngame inmediatamente con el general Mankiewicz. Es muy urgente.

El hombre de la emisora debía estar acostumbrado a tales llamadas, porque sin decir una palabra, hizo las conexiones oportunas. Un segundo después apareció el rostro del general en la pantalla.

Sus ojos reflejaron una gran sorpresa al reconocer a Walter.

—¿Qué diablos hace ahí, comandante? ¿Quiénes son sus acompañantes?

—No tengo tiempo de explicárselo ahora, señor. ¡Atienda! En el aeropuerto de Chutter dejé una astronave para que enviara usted a buscarla. En su interior están los...

¡Clip!

El seco chasquido le hizo interrumpirse y girar la cabeza, alarmado.

Gladys estaba junto a su brazo derecho y seguía encañonando a los dos hombres que la observaban desde la pared con ironía.

El joven recorrió con la vista la amplia cabina. Todo estaba en orden. Una arruga de preocupación marcóse en su frente. Aquel chasquido debía tener un origen.

—¿Qué decía?—preguntó el general con impaciencia—. ¿Qué es lo que hay escondido dentro de la astronave?

—Los planos que robaron en varios de nuestros planetas, señor—dijo Walter sin mirar a la pantalla.

Sus ojos estaban fijos en un pequeño aparato que había a su izquierda. En su parte superior se ajustaba una especie de espejo redondo. Tendría unos cinco centímetros de diámetro y estaba sujeto a la base por una varilla de hierro cromado.

—Detenga a Allasio y a Darrell, el jefe de la aduana espacial de Chutter; están al servicio del enemigo...

Walter se interrumpió nuevamente.

Ahora había captado con claridad un pequeño movimiento en el espejo que anteriormente había atraído su atención.

Estaba girando con gran lentitud. Walter tuvo la sensación de que un gran peligro le amenazaba. Aquel espejo, moviéndose misteriosamente, le crispaba los nervios.

El general le sacó nuevamente de sus pensamientos, insistiendo:

—Pero, ¿dónde demonios está, Asmore? ¿Y cómo ha descubierto todas estas cosas?

—Estoy en una astronave que me raptó en pleno espacio, cuando me dirigía a la Tierra. No sé a dónde me llevan, pero intentaré apoderarme de ella y regresar ahí. No olvide lo que le he dicho; es muy importante para nuestra fede... ¡Clip!

El nuevo chasquido le hizo saltar en la silla. Sus nervios habían estado acumulando tanta tensión, que ahora saltaron como resortes.

Se volvió violentamente en dirección al extraño aparato.

El espejo le estaba enfocando.

Un sexto sentido le hizo presentir la necesidad imperiosa de apartarse, de salir inmediatamente de la trayectoria del desconcertante espejo.

Pe un salto se puso en pie y alargó el brazo para arrastrar a Gladys tras él.

En aquel momento partió del espejo un leve destello que le hizo cerrar los ojos.

El general Mankiewicz también se había levantado en su lejanísimo despacho y presenciaba, con ojos desorbitados, la escena que se reflejaba en su pantalla.

Walter permaneció unos segundos con los ojos cerrados. Durante ellos, sus facciones sufrieron un cambio radical.

Sus músculos faciales se relajaron visiblemente, el maxilar inferior colgó inerte y un hilo de saliva goteó por la comisura de los labios.

Gladys siguió el mismo proceso, y cuando los jóvenes abrieron los ojos no había en ellos el menor rastro de inteligencia. La expresión había huido de ellos. Sus pupilas tenían un enorme parecido con las ventanas de un edificio cuyo interior estuviera completamente vacío.

—¡Asmore! ¡Asmore!—llamó el general, confundido.

Los ojos del muchacho giraron en sus cuencas en una mirada errática, indefinida.

—¡Muchacho! ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? —clamó el general, llegando al colmo de su estupor.

Por toda contestación vio a los dos jóvenes estremecerse epilépticamente y sintió un golpe sordo. Gladys acababa de soltar el fusil, como si sus dedos carecieran de fuerza para sostenerlo.

Los dos hombres que habían permanecido junto a la pared de la cabina, miraron al general sardónicamente. Sus labios se curvaban en una sonrisa maquiavélica.

Lentamente, como si se recrearan en el cuadro que tenían delante y en la ansiedad del general, se acercaron al aparato de radio, y uno de ellos alargó el brazo en dirección al dial que cortaba 1a comunicación.

—¡Eh! ¿Qué va usted a hacer?—gritó el general fuera de sí.

El hombre le contestó con una carcajada burlona y apagó el aparato.

Mankiewicz miró la oscurecida pantalla fascinado. Poco a poco, sus facciones se tensaron en un gesto de furia infinita.

Lo que acababa de ver, y su impotencia para remediarlo, le tenían al borde de la locura.

Supo que tenía que hacer algo. Algo que le permitiera desahogarse y echar afuera la terrible indignación que sentía.

De dos zancadas se situó ante su mesa y abrió la comunicación por el aparato de transmisión interior.

Rabiosamente fue apretando botones de un complejo tablero de mandos.

Unos segundos más tarde, el satélite artificial donde estaba ubicado el cuartel general de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario, estaba en plena ebullición.

Las órdenes del jefe supremo precipitaron a cada hombre a sus puestos, y en ellos esperaron nuevas instrucciones que los lanzaran a la inmediata acción.

De los inmensos hangares que guardaban las astronaves policíacas, habían desaparecido los mecanismos especiales de que estaban provistos.

Cinco mil astronaves aparecían con sus proas enfiladas al cosmos.

Sus pilotos ocupaban nerviosos las cabinas de mando, dispuestos a partir en cualquier momento.

La modernísima y eficaz organización policial se disponía a dar la réplica adecuada al rapto de uno de sus mejores hombres.

CAPITULO VII

Walter sintió la sensación que despertaba de un largo y profundo sueño.

El ojo de buey le permitió echar un vistazo al exterior.

Una gran llanura de tierra roja se extendía ante sus ojos.

En lontananza, bien alineadas, divisó una serie de construcciones de color azul claro.

La trepidación de la astronave había cesado por completo. Seguramente se hallaba posada en la gran llanura.

¿Dónde estaría? ¿A qué planeta pertenecía aquella tierra, donde sus captores le habían conducido en el lapso de tiempo que estuvo ausente de sí mismo? Sí; ausente; ésta era la palabra que expresaba su situación desde el momento que el espejo instalado en la cabina de mandos de la astronave le deslumbró con su destello.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del joven al recordar la rara sensación que le produjo el pequeño y misterioso aparato. De pronto se acordó de Gladys, y sus facciones se tensaron con ansiedad. ¿Qué habría sido de la muchacha? Sus ideas más recientes no estaban ligadas, de ninguna manera, con la chica. ¿Y qué papel desempeñaba Gladys en todo aquel jaleo? Sus palabras parecían llenas de sinceridad cuando dijo que luchaba a favor de la federación de planetas a que él pertenecía. Más aún, su miedo en el momento del rapto no fue fingido. Estaba acostumbrado a tratar con muchas clases de gente, y nunca se equivocó al juzgar las reacciones humanas. Gladys no fingió en aquellos momentos decisivos. Estaba seguro. Su miedo era real. Pero, entonces, ¿por qué oyó a Freeman decirle, en el hotel Raulia, que su organización había sido descubierta por los agentes enemigos? ¿Y por qué tenía en su poder los documentos? Unos documentos de importancia vital para la seguridad de la federación. Mercurio. Venus, la Tierra y Marte estarían a merced de cualquier enemigo si aquellos documentos salían del ámbito de la federación.

Sus ideas fueron interrumpidas por la aparición de dos hombres en la puerta.

Eran altos y musculosos y vestían trajes corrientes.

Este detalle confirmó a Walter en su idea que el viaje había

acabado.

Los dos hombres miraron al joven con curiosidad, y uno de ellos dijo:

—Tenemos orden de llevarlo al Ministerio de Defensa Interior. ¿Nos acompañará sin resistencia o tendremos que utilizar ciertos métodos? Walter se incorporó sobre la litera y estudió rápidamente a sus interlocutores.

—¿Dónde estoy?

—Su pregunta es un tanto ingenua, Asmore —respondió el que había hablado antes y que, por las trazas, parecía el que llevaba la voz cantante—. Se encuentra en Júpiter.

El joven palideció un poco y se cuso en pie.

—¿Qué quieren de mí en el Ministerio de Defensa?

—Eso se lo dirán allí amigo. Nosotros no tenemos más misión que «indicarle el camino para que no se extravíe». ¿Viene?

—¿Tengo otra alternativa?—respondió Walter con sarcasmo.

—Si quiere un consejo, acompáñenos pacíficamente.

El muchacho descolgó la arrufada chaqueta del smoking y se la puso con rabia.

Aquella situación le sacaba de cilicio.

—Vamos.

Escoltado por dos hombres, descendió de la astronave. Un extraño vehículo esperaba junto a la escotilla.

Con un gesto le indicaron que montara en el asiento posterior.

Uno de sus guardianes se acomodó junto a él, y el otro se situó en la parte delantera, frente al cuadro de mandos.

El coche sufrió una leve sacudida, y se suspendió en el aire, a unos sesenta centímetros del rojizo suelo.

Un momento después, corría velozmente hacia las construcciones que el muchacho había visto desde el camarote.

Varias calles formadas por pequeños edificios fueron recorridas sin que el conductor refrenara la marcha. Poco más tarde, los edificios quedaron atrás y, ante ellos, se abrió nuevamente la inmensa y desolada llanura.

—¿Y la chica que fue raptada conmigo?—preguntó Walter, sin aparentar mucho interés.

—No se preocupe por ella, Asmore. Creo que dentro de pocos minutos le va a faltar tiempo para pensar en usted mismo.

El coche varió ligeramente el rumbo y se dirigió, recto, hacia un inmenso tajo que se difuminaba en la distancia.

—Me gustaría saber si ella estaba al servicio de ustedes y si todo esto fue un bien trazado plan para hacerse conmigo—aventuró Walter.

El hombre que se sentaba a su lado le miró con sorpresa.

—Creo que se concede demasiada importancia a usted mismo. Asmore. ¿Cree acaso que su persona es tan valiosa para nosotros?

—¡Hombre! Yo...

El automóvil acababa de detenerse ante el granítico muro del tajo.

Walter miró sorprendido la rocosa pared, sin comprender qué buscarían sus guardianes en aquel agreste y desértico lugar.

El hombre que había estado conduciendo se dirigió a una roca que sobresalía del rojo farallón. Sus manos manipularon en algo y, ante la sorpresa del policía, se descorrió un gran lienzo de muro.

En el interior apareció una caverna, perfectamente alumbrada.

Un potente rumor de maquinaria llegó hasta los oídos de Walter.

El coche se puso nuevamente en marcha y se introdujo en la cavidad.

La puerta se cerró a sus espaldas y el vehículo avanzó hacia la derecha.

No tardaron en llegar ante una especie de aparcadero oculto hasta entonces por una pequeña elevación del piso.

Los dos hombres descendieron del vehículo, indicando a Walter que les imitara.

Una trepidación continua estremecía la tierra. El rumor que antes llamara la atención del joven había ganado en intensidad.

Ahora le condujeron hacia una pared que había al fondo y traspasaron una gran puerta.

Un ascensor cilíndrico ocupaba casi la totalidad de la estancia donde habían entrado.

Los hombres le empujaron en el interior de la caja y el mandamás apretó un conmutador, mientras lo miraba con ironía.

—Le veo muy asombrado, Asmore.

—Lo estoy—gruñó de mala gana Walter—. Desde que he puesto los pies en esta tierra, no he visto más que cosas raras. Coches que vuelan haciendo caso omiso a las más elementales leyes de la gravedad, carencia de ciudades en la superficie y esta lata de sardinas que se parece a todo menos a un ascensor aunque, según veo, esa es su misión, ¿no?

—Para ser comandante de la famosa Policía Espacial de Tráfico Interplanetaria, resulta usted muy simple, Asmore. ¿O es que quiere hacernos formar un concepto erróneo de usted?

El muchacho le miró hoscamente y no contestó.

—El coche en que hemos venido, se eleva sobre el suelo gracias a un dispositivo que crea una fuerza de antigravedad, y anda mediante aire comprimido que su motor nuclear proyecta con gran fuerza en dirección contraria a la que desea ir. En cuanto a la falta de ciudades en la superficie, está fácilmente explicado si se tiene en cuenta que Júpiter lleva muchos años preparándose para la guerra. Nuestros dirigentes no han sido tan ilusos como para descartar la posibilidad de ser invadidos o atacados desde el espacio.

El agudo silbido que había acompañado al ascensor en su bajada, cesó de golpe y un leve balanceo le indicó a Walter que habían llegado a su destino, cualquiera que éste fuese.

En efecto, las puertas de la cilíndrica caja se abrieron de par en par y los dos hombres le arrastraron al exterior.

La sorpresa más absoluta se apoderó del joven comandante. Una mirada en torno le hizo prorrumpir en una exclamación, mientras su cara expresaba el más vivo estupor.

Rectas avenidas se extendían indefinidamente ante sus maravillados ojos, bordeadas por suntuosos edificios de un material azul brillante. Enormes y bien cuidados parques datan una nota de colorido y extendían sus frondas protegiendo del sol a infinidad de personas que reposaban en los múltiples bancos esparcidos estratégicamente.

El sol artificial templaba la atmósfera y esparcía sus tibios rayos en todas direcciones.

Riadas de personas deambulaban por las calles o circulaban en vehículos como el que le había traído a él, pero que en la ciudad volaban a grandes alturas, deteniéndose en las torres de los edificios o simplemente en sus balcones.

Un empujón le hizo volver a la realidad.

Sus dos captores le habían tomado por ambos brazos y le conducían hacia el interior de !a ciudad.

Unos segundos más tarde, llegaron ante un enorme río que discurría bordeando uno de los frondosos parques.

Walter se detuvo en el mismo pretil temiendo que todo terminara en un simple empujón que lo precipitara en las azules aguas.

—¡Vamos, Asmore! ¿Qué espera?

—No querrán que cruce nadando, ¿eh?

Su interlocutor volvió a reír con insultante superioridad y empujó al muchacho.

El fuerte impulso le hizo avanzar unos pasos y, enseguida, sé paró desconcertado.

Los dos hombres rieron burlonamente a sus espaldas.

Walter miró sus pies y los vio suspendidos en el aire a más de cinco metros sobre el nivel del agua. Una ligera sensación de mareo le invadió.

—No se mojará, amigo—dijo uno de los tipos, hipando a causa de la risa—. Está usted sobre una bóveda de materia pura que resistiría tranquilamente millares de toneladas. ¡Andando! y no haga el ridículo, hombre.

A viva fuerza le introdujeron por el parque con dirección a un enorme edificio rojo que se divisaba sobre el ramaje de los árboles.

Atravesaron un amplio vestíbulo y siguieron por un corto corredor que los llevó ante una gran puerta.

El que dirigía, situó a Walter ante un recuadro parecido a una pantalla, y la puerta se abrió en silencio.

—La persona que le va a recibir es el ministro de defensa. Le aconsejo, por su bien, que sea sincero en sus respuestas y colabore. Se evitará muchas molestias...

La habitación era amplia y estaba decorada fastuosamente. En un ángulo había una gran mesa de despacho y mirándole por encima del pulimentado tablero, estaba un hombre de reluciente calva y vivaces ojillos.

—Siéntese—ordenó imperativamente el calvo personaje. Al mismo tiempo hizo un gesto a los dos hombres que acompañaban a Walter para que se marcharan.

—Abandone sus pensamientos, señor Asmore —dijo el ministro como si le estuviera leyendo el pensamiento—-. Pese a que me ve solo y físicamente en desventaja con usted, no conseguiría nada por la fuerza, se lo aseguro.

Walter reprimió sus deseos de estrangularlo y se retrepó en la butaca. De momento, escucharía lo que tenía que decirle. Después, habría tiempo de obrar. Con el rabillo del ojo miró a Gladys, que ocupaba un sillón frente a él.

—Generalmente, no acostumbro a hablar con o prisioneros que llegan a Júpiter, señor Asmore—deslizó el hombre con suavidad—. Con usted hago una excepción y espero rué me la agradezca no haciéndome perder el tiempo. Le he hecho venir para que me dé algunos datos sobre ciertos puntos.

Walter encendió un cigarrillo y estudió al hombre a través de las azuladas volutas de humo.

—Su alto cargo en la policía especial, le habrá dado ocasión de observar muchas cosas referentes a la defensa de la confederación interplanetaria a que pertenece—el obeso ministro hizo una pausa,

observando el efecto que hacían sus palabras y al ver que el joven seguía fumando tranquilamente, prosiguió—: Por ejemplo, quisiera saber la situación exacta de las bases policíacas en el espacio, cantidad de ellas y su potencial bélico. También me interesa conocer los puntos donde están instalados los generadores de energía que alimentan las cortinas electrónicas que envuelven a los planetas de la confederación, impidiendo la entrada en ellos.

Walter expelió un hilillo de humo y su mirada pareció perseguirle a través de la estancia.

—Sus dedeos son muy ambiciosos, ¿no le parece señor… señor, cómo me dijo que se llamaba?…

Gladys miró al muchacho con sorpresa. Sus lindas pupilas parecían dos inmensos lagos agitados por recio vendaval de sensaciones.

—No le dije mi nombre, señor Asmore, pero tampoco hay razón para ocultarlo. Me llamo Larkten, Ank Larkten.

—Pues bien señor Larkten, ¿no le parece pedir demasiado? ¿Qué ofrece a cambio?

El ministro se reclinó sobre el sillón que ocupaba y sus ojos se convirtieron en dos ranuras que estudiaron atentamente al joven.

Walter se removió impar cesiblemente en su asiento. Aquella mirada le causaba una extraña sensación de malestar.

Chupó de su cigarrillo con fuerza, intentando parapetarse tras una cortina de humo. La mirada del ministro siguió fija, taladrante, por espacio de unos segundos más.

—Podría ofrecerle muchas e importantes cosas en el supuesto que sus palabras correspondan a la más absoluta realidad. De lo contrario…

Las últimas palabras flotaron amenazadoras en la habitación.

Walter continuó fumando impasible. Durante la pausa, el silencio llegó al máximo, como si algo se corporizase entre los presentes.

—¿Qué cosas importantes son ésas, señor ministro?—inquirió el joven, aplastando displicente el cigarrillo sobre el cenicero que había en un ángulo de la mesa.

Antes de seguir hablando, señor Asmore, debo hacerle una advertencia, Una advertencia que deberá tener muy presente si aprecia su persona No intente engañarme, Le descubriría enseguida y las consecuencias serían demasiado graves para usted. Vea esto.

El hombre se levantó de la mesa y se dirigió haría el fondo del despacho.

Walter le siguió, evitando encontrarse con la mirada acusadora de Gladys.

Se abrió una puerta ante el ministro.

—Lo que va usted a ver, señor Asmore—dijo Ank Larkten—. le servirá para tener… prudencia. Pasen…

Los dos jóvenes entraron en una amplia sala de paredes blancas v brillantes.

Grandes aparatos metálicos estaban alineados junto a las paredes.

Walter los miró con curiosidad.

Infinidad de cristales redondos, parecidos a los ojos mágicos de un receptor de radio, estaban colocados en las superficies de las máquinas.

Debajo de cada objetivo había un número seguido de una letra.

—Fíjese bien en todo esto, señor Asmore —dijo Larkten acompañando sus palabras con un gesto-—. ¿Ve usted esos pequeños objetivos?

—No estoy ciego, señor ministro. ¿Para qué sirven?

—Cada cristal es un registro electrónico, señor Asmore. Y cada registro significa un hombre. Los números sirven para poder catalogarlos, algo así como si se tratara de un nombre. Todos los cristales que dan destellos verdes, están ocupados. Como ve son millares…

—No entiendo lo que me quiere decir, señor…

—Pues es muy fácil de comprender. Vea.

Ank Larkten se dirigió hacia una pantalla rodeada de controles y la hizo funcionar.

Un mundo pequeño apareció casi difuminado. Larkten ajustó los mandos y la imagen, se fue acercando lentamente.

Lo que parecía un planeta dio la sensación de meterse dentro de la pantalla. Sus redondos bordes desaparecieron y una parte del extraño mundo apareció con toda nitidez.

Millares y millares de imágenes humanas se perfilaron imprecisamente.

El ministro volvió a manejar los mandos y la pantalla fue reduciendo la panorámica. La intensidad fue en aumento. Un gruño de hombres quedó centrado en el óvalo de cristal.

Walter sintió un extraño cosquilleo en la espina dorsal. Las personas que estaba, viendo no tenían de humanos más que la silueta.

Sus vestidos eran tan escasos que apenas cubrían pequeñas partes de sus enflaquecidos cuerpos.

En las manos sostenían anticuados picos y palas y se dedicaban a remover la roja tierra, extrayendo algo que Walter no pudo precisar.

Trabajaban en el más absoluto silencio, como si cada uno de ellos

estuviera aislado por miles de kilómetros de los demás, y en sus caras se apreciaba algo extraño. Tenían las facciones fofas, como si sus músculos hubiesen perdido el tono y las miradas iban de un lado a otro, sin que jamás se fijaran en nada.

—¿Qué les pasa a esos hombres? Parecen cadáveres en movimiento.

—Eso es lo que son, señor Asmore. Cadáveres a los que nosotros los hacemos moverse. ¿Ve usted ese trocito de metal que llevan junto a la nuca?

—Sí—dijo el joven reparando en ello.

—Pues eso es un invento de nuestro mejor sabio. Está basado en la teoría que el cerebro humano obra por impulsos eléctricos. Nuestros hombres de ciencia han conseguido imitar esos impulsos y transmitirlos. Ese pequeño adminículo que ve usted junto a la nuca de los hombres, retransmite los impulsos que se envían desde estos aparatos. El resultado es que los hombres obran a las órdenes que nuestros aparatos electrónicos les dirigen. Por eso, cada uno tiene un número asignado. Cada máquina de éstas, tiene cinco mil registros, que equivalen a otros tantos hombres. Y todas las máquinas están regidas a su vez por aquella otra. Es, como si dijéramos, la que dirige todo este mundo de muertos vivos.

Walter sintió un sollozo desgarrador y se volvió:

Gladys había apartado la vista del fatídico cuadro y crispaba las manos junto a sus ojos, como si quisiera arrancar la trágica escena de sus retinas.

El joven le tomó una mano en silencio, como si quisiera infundirle ánimos. Pero la muchacha se soltó bruscamente y le volvió la espalda.

—¿Y esos hombres dónde están, señor Larkten?—inquirió Walter, desentendiéndose de Gladys.

—Los satélites de nuestro planeta son la base de nuestras defensas, señor Asmore. En ellos están instalados nuestros mayores ingenios bélicos y en ellos están los prisioneros. Si su confederación se arriesgara a desencadenar un ataque por sorpresa, creemos que no se decidiría a exterminar a los millones de personas que tenemos prisioneros. Esta seguridad nos hizo tenerlos allí, donde están nuestras principales armas.

La ira brilló en los ojos del comandante. Su interlocutor no se apercibió de ello por estar mirando a la pantalla.

—¿Y no temen que esos hombres puedan hacer uso de esos ingenios bélicos y los vuelvan contra ustedes mismos?

El ministro se volvió con una sonrisa desdeñosa en sus grandes labios.

—Eso es imposible, señor Asmore. Esos hombres no pueden tomar ninguna iniciativa. Su voluntad está en nuestro poder.

—Pero podría desprender alguno de esos objetos que llevan en la nuca y...

—Imposible, señor Asmore, Si por cualquier circunstancia se rompiera la cinta metálica que les rodea el cuello, morirían electrocutados. Nadie puede escapar a nuestro yugo amigo mío. Esto es, precisamente, lo que quiero que comprenda por su propio bien.

—¿Insinúa que si no accedo a sus pretensiones me vería reducido al mismo estado de esos infelices?

—No es una insinuación, Armore—dijo el ministro, suprimiendo el ceremonioso señor—. Es una promesa. Una afirmación categórica. El camino de su vida se bifurca aquí en dos ramas. Una, luchar junto a nosotros y para nosotros; la otra, dar con sus huesos, y para toda la vida, en uno de esos campos de concentración. Le dejo elegir. Si opta por lo primero, será una persona libre en nuestra federación, tendrá los mismos derechos que cualquier ciudadano y le convertiremos en un potentado; si elige la segunda…

Una sonrisa cruel completó la frase del ministro.

* * *

—Señor presidente, vuelvo a insistir en que la situación es muy crítica—dijo el general Mankiewicz ante la pantalla—. Por lo que pudo decirme el comandante Asmore y los datos que he podido recoger de los prisioneros Allasio y Darrell he llegado a la conclusión que podemos ser atacados de un momento a otro. Como decía, los documentos no han llegado a salir de nuestros mundos y, afortunadamente, están en mi poder. Pero esto no descarta el peligro de un ataque.

—Opino de la misma forma que usted, general—respondió Howard Hawks, presidente de la confederación interplanetaria—. El momento es crucial para nosotros, pero no puedo declarar la guerra yo solo. Nuestro sistema político es democrático y necesito conferenciar con los vicepresidentes de los otros planetas.

—Mientras ustedes hablan y resuelven, las astronaves de Júpiter y Saturno nos rodearán en un cerco de muerte, señor—arguyó el general, de mal talante—. Es imprescindible aprovechar hasta el último segundo. Si por alguna circunstancia conocieran la forma de anular las cortinas electrónicas, estaríamos vencidos antes de poder organizar una defensa. Hay que hacer algo, señor. No podemos permanecer de brazos cruzados, compréndalo.

La inteligente mirada del presidente se nubló durante unos

segundos. A través de la pantalla se le vio ponerse en pie y dar algunos paseos por su despacho. Se le veía agobiado bajo el peso de la terrible responsabilidad que llevaba implícita cualquiera resolución que tomase.

—General—dijo poniéndose ante la pantalla—. dadas las circunstancias, voy a hacer todo lo que mi cargo me permite. Voy a decretar inmediatamente el estado de alarma. Las fuerzas de nuestra confederación permanecerán alerta para prevenir cualquier clase de ataque. Todas las astronaves serán lanzadas al espacio con la misión de vigilar estrechamente la aproximación de cualquier aparato ajeno a nuestra confederación. Este estado durará hasta que en una asamblea general se decida si hemos de declarar la guerra o no. Me agradaría poder resolver yo solo, pero no puedo, bien lo sabe.

Una sonrisa distendió sus labios al ver el furor que reflejaba el rostro del general.

—Otra cosa bien diferente es ese asunto del rapto de uno de sus oficiales, general, está obligado a perseguir el delito donde se presente. Queda dentro de sus obligaciones la busca y rescate de su subordinado y también el castigo de los raptores.

Las últimas palabras las dijo sonriendo abiertamente, y el general comprendió el mensaje que envolvían.

—Procuraré por todos los medios cumplir con mi deber, señor presidente—dijo el general sin aclarar demasiado cuáles eran sus obligaciones.

—Estoy seguro que conseguirá un ruidoso éxito—dijo el presidente —. Sus cinco mil astronaves, tripuladas por hombres bien formados e inteligentes, constituyen una buena bandada de águilas que otearán el éter hasta dar con su presa. ¡Suerte, general!—deseó guiñando un ojo expresivamente.

El general Mankiewicz apagó la pantalla y se frotó las manos con fuerza. De una forma velada, el presidente le acababa de dar carta blanca para iniciar la acción a su gusto. Cierto que sus fuerzas eran bien menguadas para atacar a dos planetas bien armados y mejor preparados para la guerra, pero así y todo estaba seguro que podría amargarles la existencia hasta tanto la asamblea de presidentes decidiera romper las hostilidades.

De dos zancadas se dirigió a un ángulo del despacho y apretó un conmutador.

La puerta que había a su derecha se abrió en silencio. Una pequeña habitación quedó al descubierto.

El general se adentró en ella y subió en unas escaleras deslizantes.

Poco después llegaba a la cúpula del edificio.

—Una semiesfera de plástico transparente le servía de techo.

Mankiewicz extendió la vista por su satélite y una sonrisa de satisfacción afloró a sus labios.

Las cinco mil astronaves asaetaban el aire con sus puntiagudas proas, dispuestas a lanzarse al espacio en cualquier momento. Sus tripulantes se vislumbraban a través de las transparentes cabinas.

A la derecha del campo de lanzamiento, se veían las instalaciones de energía funcionando al máximo rendimiento.

El general fue recorriendo la redonda torre de mando. Por todas partes se veían a los hombres en sus puestos. Un par de centenares de robots deambulaban de un sitio a otro transportando objetos y suministrando a las astronaves.

Ahora se enfrentó con el cuerpo de asalto.

Los cincuenta mil robots estaban formados en apretadas filas, ocupando un espacio de cuatro kilómetros cuadrados.

El general se dirigió al centro de la torre y miró al enorme tablero de mandos. Las esferas que medían la resistencia de la cubierta de materia pura que rodeaban al satélite, cual una gigantesca esfera, impidiendo que se escapara el aire y regulando la temperatura, había tomado la suficiente consistencia para salir ilesa del brusco choque que habría de soportar al sacar al satélite de su órbita normal.

Sucesivamente fue encendiendo varias pantallas que correspondían a otras tantas dependencias de su pequeño mundo.

Por una vio que las super-armas estaban dispuestas a entrar en acción. Sus servidores, los robots, permanecían junto a ellas, con sus cerebros electrónicos a la expectativa de las órdenes que pudieran dárseles desde la torre.

Otra pantalla reflejaba las cien monstruosas toberas, que no tardarían en lanzar gigantescos chorros de gases que impulsarían al satélite por los etéreos caminos del cosmos.

El general escudriñó en el subsuelo de su base, debajo de la plataforma circular que dividía en dos mitades perfectamente iguales aquel mundo artificial.

Inmensos generadores de fuerza motriz ocupaban casi la totalidad del semiesférico mundo subterráneo.

Infinidad de mecanismos palpitaban rítmicamente, con una pulsación que hacía trepidar perceptiblemente la estructura del satélite.

Unos cuantos robots, dirigidos por el cerebro electrónico que hacía las veces de jefe de máquinas, vigilaban el perfecto funcionamiento de la complicada maquinaria.

El general oprimió un pulsador marcado con el número dos, y el segundo jefe de la base policíaca se presentó en la torre.

—¡A la orden, señor!—saludó militarmente.

En su hombrera derecha centelleaba, intermitentemente, el pequeño dispositivo que le avisó la llamada de su jefe.

—¿Está todo dispuesto para la marcha, Diwst ?

—Sí, señor.

—¿El hombre que ha de llevar al presidente, los documentos rescatados y los dos detenidos?

—Sólo espera la orden de partida, señor. Pero si me lo permite, le haré una observación: ¿no cree que es expuesto mandar esos documentos sin escolta, señor?

—No van sin escolta, coronel Diwst. Ya hablé de esto con el presidente y, antes que la astronave salga de nuestro radio de acción, tropezará con una flota que le dará escolta hasta Venus. Ordene que salga ahora mismo.

El coronel empuñó el pequeño micrófono que había ante la pantalla general y ordenó:

—Torre de control a piloto de operación 0,1: ¿listo para el lanzamiento?

—Listo, señor—contestó el piloto.

—Atención a la señal: cuatro, tres, dos, uno, cero.

En el centro de la bóveda se encendió un recuadro de luz verde. Era la puerta que daría paso a través de la cubierta de materia pura.

La pequeña astronave se remontó con un potente rugido de sus motores.

Mankiewicz la miró durante un corto instante y, dando un suspiro, se volvió a su segundo.

—Ahora nos toca a nosotros, Diwst. Dé la señal de atención general.

El coronel dio vuelta a un dial. La enorme bola que coronaba la torre de control destelló en color rojo.

—Escuadrilla uno, tres cinco y siete—fue enumerando el general —. Despeguen. Velocidad inicial, sesenta mil kilómetros hora. Misión de protección a la base y vigilancia sobre posible presencia del enemigo.

Veinte astronaves despegaron con intervalo de medio minuto.

—Escuadrillas uno, tres cinco y siete en el cosmos, señor—anunció el coronel, cuando las astronaves indicadas giraban en torno al satélite describiendo una perfecta órbita.

—Coronel, rumbo a Júpiter.

Diwst se acercó a un enorme planisferio que aparecía en una pantalla y movió algunos mandos. Una saeta roja partió desde el sitio donde se encontraba el satélite policíaco y se fue prolongando hasta alcanzar el planeta indicado.

Para establecer el rumbo no se necesitaba más.

El cerebro electrónico encargado de tomar los rumbos y corregir las derivas, resolvería el complicado problema en milésimas de segundo.

—Ajustado rumbo, señor.

—Velocidad inicial sesenta mil kilómetros. A los cincuenta minutos, alcanzaremos los cuatrocientos mil, que se mantendrán hasta que distemos de nuestro objetivo ciento cincuenta mil kilómetros. En este momento funcionarán los generadores de desaceleración y nos aproximaremos a Júpiter reduciendo la velocidad. A los mil quinientos kilómetros del objetivo nos detendremos totalmente.

El coronel apretó un pulsador y un pequeño micrófono repitió las palabras del general. El mensaje había sido captado sin error por el cerebro electrónico que hacía las veces de piloto.

Las complicadas maniobras se ejecutarían sin que hubiese posibilidad de error.

—En marcha los compensadores de inercia —ordenó nuevamente el general.

—Inercia compensada, señor.

—Cortina de impacto y retropropulsión.

Bajo las expertas manos del coronel, funcionaron nuevos aparatos, y una nube rosada se extendió ante las toberas de escape.

Aquella nube tenía la propiedad de resistir el choque de los gases y, por lo tanto, el satélite se apoyaría en ella para conseguir la potencia necesaria que le sacara de su órbita.

—Conecten primer grupo de motores.

Cincuenta de las cien toberas se incendiaron lanzando ingentes columnas de vapores contra la cortina. Una fuerte vibración sacudió todo el satélite.

—Motores en acción, señor—dijo el coronel asiéndose con fuerza a una pequeña barandilla que había junto a la pantalla general.

—Angulo de rotación a cuarenta y cinco grados. Número de revoluciones sobre nuestro eje, cinco mil hora.

Una fuerte sacudida hizo vacilar a los dos hombres en el momento que el satélite aceleraba sus revoluciones.

Una luz amarilla se encendió. Las últimas órdenes del general acababan de cumplirse,

—Alcanzada rotación prevista, señor—dijo el coronel con el índice apoyado en un conmutador.

El general esperó treinta segundos más y, al término de ellos, ordenó:

—En marcha, todos los motores ¡a la máxima potencia!

Un poderoso estremecimiento conmovió la estructura del satélite y por último, abandonó su órbita, proyectándose en el espacio, bajo el poderoso impulso de sus cien motores.

CAPITULO VIII

Walter fingió meditar la propuesta que llevaba implícita las palabras del ministro de Defensa Interior.

Por el rabillo del ojo observó a Gladys.

La muchacha le miraba con ansiedad, y en sus hermosos ojos había un destello de esperanza.

—El camino del honor es duro, Walter—musitó la joven con voz queda—. Por esta razón se llaman héroes los que sacrifican sus vidas en aras de la verdad, la justicia y el bienestar de sus hermanos. Aún estás a tiempo de rectificar y volver atrás de tu debilidad anterior. Inmola tu vida, si es preciso, pero cumple con tu deber. Y... perdona mis dudas anteriores—-dijo, con inflexiones de ternura—. La idea que te puedas convertir en un traidor me subleva y...

Una furia inmensa se había apoderado del ministro.

Walter adivinó su próxima explosión y decidió adelantarse.

—Me extrañan tus palabras, Gladys. ¿Quién eres tú para pretender dictarme una línea de conducta? ¿De dónde has sacado ahora esos apolillados preceptos moralistas? ¿Has olvidado que no hace mucho me confesabas ser la autora del robo de los documentos que traen a mis jefes de cabeza? ¿Quién eres tú, y cuál es tu juego en este asunto.

Una expresión de infinito dolor cubrió las pupilas femeninas.

—Por tu culpa me vi lanzado a esta aventura que ha estado a punto de costarme demasiado cara —prosiguió Walter—. Pero, ¡óyelo bien! Ahora me alegro que todo haya sucedido así. Estaba harto de la Policía Espacial del mezquino sueldo que me daban, de la esclavitud de una vida en constante servicio por los más apartados rincones del éter y, sobre todo, de la disciplina el deber y todas esas zarandajas que me han estado repitiendo una y otra vez durante largos años.

Dos lágrimas escaparon de los ojos de Gladys. Un rictus de amarga desilusión descompuso sus facciones y, como si pretendiera ocultar sus emociones, volvióse de espaldas.

El joven se encaró con Larkten, que lucía una expresión de triunfo.

—¡Bravo!—alabó el ministro, satisfecho—. Usted tendrá un gran porvenir entre nosotros, Asmore. Sabe lo que le conviene y esto es un magnífico principio. Su actitud le ha librado de volver a experimentar los efectos de nuestra voluntad mecánica.

—¿Es que he estado en la situación de esos hombres alguna vez, señor Larkten?—inquirió, disimulando su ansiedad.

—Ya lo creo, hombre. Usted y ella fueron reducidos por este método cuando estaban en la astronave. Recuperaron su voluntad en el momento que arribaron a Júpiter.

—Qué harán con ella?—preguntó Walter, indicando con el pulgar a Gladys que continuaba vuelta de espaldas.

—Su destino será un campo—dijo el ministro sin denotar ninguna clase de emoción.

El muchacho encendió un cigarrillo, con afectada indiferencia.

—Si le parece, podemos continuar nuestro negocio, señor ministro. ¿Qué pretenden de mí, concretamente?

Larkten le miró en silencio durante unos segundos.

—-Vamos a asestar un golpe mortal a su confederación. Mejor dicho, a la confederación a que ha pertenecido hasta hace un momento.

—Tenía entendido que sus proyectos inmediatos eran ocupar los planetas independientes: Urano, Neptuno y Plutón, con el fin de asimilarlos a su sistema político,

—Nuestros planes han tenido que ser modificados recientemente. Vea—dijo Larkten acercándose a la pantalla que ocupaba la totalidad de una pared.

Walter dio un respingo a espaldas del ministro y se frotó los ojos, como si pretendiera aclarar su visión.

Una nueva mirada le demostró que sus órganos visuales funcionaban perfectamente.

Ante él estaba reflejada, con absoluta claridad, la base de las fuerzas policíacas a que pertenecía. Varios centenares de astronaves maniobraban a su alrededor, previniendo cualquier ataque por sorpresa.

—Ahí tiene el motivo que ha modificado nuestros planes, Asmore. Ese maldito satélite lleva varias horas anclado a mil quinientos kilómetros de nuestro mundo, y no sólo bloquea nuestros movimientos impidiendo la salida y entrada de nuestras astronaves, sino que constituye un serio peligro. Nuestros científicos estudian en estos momentos qué clase de defensas posee y la forma de anularlas. Hasta ahora, nuestras armas han fracasado rotundamente en la empresa de destruirlo.

Gladys se había vuelto al oír las primeras palabras del ministro y se acercó unos pasos. Sus ojos expresaban una intensa alegría al divisar el satélite policíaco.

—¿Cuál será mi papel, señor Larkten?

—Muy fácil, amigo mío. Nosotros cometemos un imperdonable

descuido y usted lo aprovecha para apoderarse de una astronave y huir. Como es natural, tropieza con sus exjefes y compañeros. Entonces les dará una serie de informaciones con respecto a nuestros puntos débiles y les convencerá para que esa maldita base se dirija hacia el punto que nos interesa. Después, inutiliza usted los dispositivos que inmunizan el satélite y, con cualquier pretexto, regresa en una astronave. El resto es cuenta nuestra. ¿Qué le parece?

—Imposible —dijo Walter—. Todos los servomandos de esa base funcionan desde la torre de control. Allí está el general Mankiewicz y su ayudante. Aun suponiendo que pudiera destruir esos dispositivos, mi muerte sería segura.

El descontento del ministro se hizo patente. Pensativo, dio unos cortos paseos a lo largo del despacho.

—Bien—dijo al fin—. Omitiremos esa destrucción de defensas. Cuando el satélite llegue al sitio previsto, usted lo abandona y se pone a salvo. ¿Le parece bien?

—Así y todo correré grandes peligros—expresó el joven, dubitativo—. El general es muy listo y puede descubrirme.

Larkten hizo un gesto de impaciencia y, adoptando un tono persuasivo, arguyó:

—Reconozco que el peligro para usted será grande. Pero le prometo que la recompensa estará a tono con los riesgos. ¿Qué le parecen veinte millones de platinos y el cargo de vicepresidente en el planeta que usted mismo designe?

—¿Es que piensan apoderarse de la confederación ?—asombrose Walter.

—Naturalmente, hombre. Cuando anunciamos la invasión a los planetas independientes, lo hicimos como excusa para que ustedes nos declararan la guerra, pero ante la imposibilidad de hacernos con los documentos que esta linda señorita le robó a uno de nuestros agentes, aparece nuevamente el inconveniente de las cortinas electrónicas.

—Sin resolver esa cuestión no podrán invadir nuestros planetas—dijo Walter.

—Exactamente, pero en el momento que nos hagamos con ese satélite estará resuelto, definitivamente, el problema, y nos lanzaremos al ataque. Un ataque relámpago. Tenemos todo a punto para iniciar la ofensiva en cualquier momento.

—La recompensa que me ofrece es tentadora, señor ministro—expresó Walter con nuevas dudas—; pero conozco lo que pueden dar de sí aquellos planetas, y no creo prudente arriesgarme sin saber con qué medios cuentan ustedes. Voy a dar un paso decisivo y quiero estar al lado del vencedor. Si ustedes perdieran, no me servirían de nada los

millones ni el cargo que me ofrecen.

La impaciencia del ministro pareció haber llegado a su fin. Un gesto indefinible atirantó sus facciones, y pareció que iba a mandar al diablo todo el plan. No obstante, se contuvo en el último momento y, haciendo un ademán de resignación, dijo:

—Bien, acompáñeme y verá nuestras armas ofensivas y defensivas.

Los dos hombres pasaron a una estancia de grandes proporciones, contigua a la que guardaba los aparatos para inutilizar la voluntad.

Los dos robots que guardaban la entrada ante la puerta, emitieron unos destellos con los ojos y se apartaron a un lado, dejando el paso franco.

La habitación estaba repleta de servomandos y dispositivos propios para el control a distancia. Coronando cada aparato, había una pantalla de televisión.

—Acaba usted de traspasar una puerta que han cruzado poquísimas personas, Asmore. El presidente de nuestra confederación, mi secretario y yo, somos los únicos que tenemos acceso a esta cámara. Desde ella se dirige todo nuestro potencial bélico. Este dispositivo, por ejemplo, corresponde a uno de nuestros ocho satélites. Sus veinte controles manejan todas las defensas que en él existen. Este otro, será el que haremos funcionar cuando usted engañe al general y se aproxime con su base hasta novecientos kilómetros. Entonces oprimiré este resorte, originando una interferencia en los generadores que proporcionan la fuerza motriz al satélite artificial. Su exjefe se encontrará sin poder retroceder y, atraído por la gravedad de nuestro planeta, no le quedará otro remedio que posarse. Para ello tendrá usted que conducir la base policíaca sobre el punto en que están instalados nuestros generadores… En cuanto al ataque a los cuatro planetas de su ex-federación, será llevado a efecto por otros tantos satélites artificiales de mayor envergadura que ése que nos amenaza ahora. Los tengo situados convenientemente, y en pocas horas invadirán conjuntamente los planetas. Todo resultará facilísimo si usted tiene éxi…

El ministro se interrumpió bruscamente y miró hacia atrás.

Gladys había intentado atravesar la puerta y fue rechazada con terrible fuerza.

La joven había lanzado un grito de sorpresa y miedo, y aquél fue el que atrajo la atención de los dos hombres.

El obeso ministro lanzó una carcajada diabólica.

Walter atensó el gesto, y sus manos se cerraron con tal fuerza que le blanquearon los nudillos.

La muchacha había caído a varios metros de distancia y se estaba

levantando trabajosamente, Una palidez terrosa le cubría el rostro.

El muchacho contuvo un suspiro de alivio y siguió a Larkten hacia el despacho.

—En lo sucesivo, no vuelva a intentar cruzar ninguna puerta sin que se le autorice previamente, señorita. Lo que le ha sucedido aquí, puede repetirse con resultados mortales. ¿Creía que iba a dejar sin protección el lugar donde descansa la seguridad de nuestros mundos?

Mientras hablaba, sus ojos reían burlones, antes los gestos de dolor que hacía Gladys al levantarse.

—Y ahora, terminemos de una vez, Asmore —dijo, encarándose con el muchacho y lanzándole una mirada repleta de amenazas—. ¿Qué decide?

—Sus pruebas me han convencido, señor ministro. Cuente usted conmigo.

—Su decisión me alegra, Asmore; pero antes de aceptar su palabra definitivamente, debo advertirle que le pondremos un pequeñísimo televisor en el pecho. Nadie lo verá, porque irá cubierto por la ropa. Nosotros, en cambio, veremos perfectamente todo lo que haya a su alrededor, y oiremos lo que se hable. Una palabra, o un gesto que nos resulte sospechoso y el televisor se transformará en algo mortal para usted y los que le rodeen. Lo llevará sujeto por una cinta, como las que rodean el cuello de los hombres que vio antes, y si intentara quitárselo, moriría inmediatamente. Hecha esta pequeña aclaración, ¿sigue pensando igual?

Walter había palidecido tan intensamente que el ministro lo advirtió. Una sonrisa burlona curvó sus labios.

—Sigo estando de su parte—aseguró el muchacho, con una precaria sonrisa—. Pero tengo que hacer una observación. Me las arreglaré de manera que el satélite policíaco no entre en zona peligrosa hasta que yo esté lejos de él. Deseo evitarle la tentación de volarme a mí junto con la torre de control. Por la misma razón, procuraré no entrar en ninguno de los sitios donde una explosión, o cosa parecida, pueda dañar seriamente los órganos vitales de la base. ¿Está claro?

Larkten contestó con un bufido y oprimió un pulsador.

Los dos hombres que lo habían conducido a presencia del ministro, entraron en la estancia.

—Llévenlos al calabozo y atiendan al prisionero en todo lo que desee. Desde ahora es aliado nuestro. A la muchacha envíenla al campo de Rokls en la primera astronave que salga. Hasta dentro de unas horas, señor Asmore. Perdone las molestias que le originará el corto encierro, pero estaré mucho más tranquilo teniéndole seguro—

despidióse el ministró, con acento burlón.

CAPITULO IX

Gladys examinó por centésima vez las desnudas paredes de su calabozo, y también por centésima vez la invadió el desánimo.

Nada había a su alcance que le pudiera ayudar en sus propósitos de evasión.

Sus ojos, enrojecidos por el llanto, se fijaron en la puerta, pero el dispositivo electrónico que la cerraba estaba situado en el exterior y, por lo tanto, fuera de su alcance.

Desde que abandonara el despacho del ministro, hacía hora y media, todos sus esfuerzos estuvieron orientados a salir de aquella mazmorra. La idea había llegado a ser tan obsesiva, que parecía golpear rítmicamente su cerebro.

Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos al recordar la actitud que Walter había adoptado, dejándose convencer por las promesas de Larkten. En el último momento, cuando los conducían a sus respectivos calabozos, intentó convencerle nuevamente a que se retractara de su criminal decisión y cumpliera con su deber, pero Walter se había burlado cruelmente de sus palabras. Una nueva y repelente personalidad había nacido en el apuesto comandante de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario.

De una forma pueril, recordó su primer contacto con el joven en la aduana de Chutter y las horas subsiguientes en que su indiferencia se fundió ante la simpatía y nobleza que irradiaban del rostro varonil del muchacho. Cuando ocurrió el rapto y Walter salió en su defensa, sin importarle desafiar la muerte, comprendió que lo amaba y deseó, desde lo más profundo de su corazón, que sus destinos no se separasen jamás. Luego..., cuando menos lo esperaba, vino la decepción, el cruel desengaño que oprimía su espíritu y amortajaba su naciente amor con negros cendales de tragedia.

Su llanto se tornó lúgubre, como si fuera la misa de réquiem al primero y único amor de su vida.

Jamás podría decir con exactitud si fueron minutos u horas los que permaneció ausente de todo lo que no fuera su dolor.

Cuando volvió a la realidad, el rojo sol de Júpiter estaba próximo a ocultarse, y sus resplandores incendiaban las paredes del calabozo

con fulgores de tragedia.

La joven se irguió en toda su estatura y sacudió la cabeza, como si pretendiera arrojar fuera de sí sus amargos pensamientos.

La idea de fugarse volvió insistente.

Walter no quiso hacerle caso y sería ella la que habría de salvar a los mundos amenazados. Tenía que salir de allí. Salir a toda costa y avisar al general Mankiewicz de la traición de Walter y sus criminales designios. Un escalofrío la estremeció al pensar que si conseguía sus propósitos, firmaría la sentencia de muerte para el hombre que, a pesar de todo, seguía amando loca y desesperadamente.

Tenía la boca reseca y tiritaba a impulsos de la fiebre.

Con mano temblorosa, cogió la jarra de metal cromado y vertió un poco de agua en el vaso.

Y fue en aquel preciso instante cuando su cerebro concibió un plan. El único que podría proporcionarle la salida del calabozo.

Nuevamente tomó la botella metálica y la vació en el pequeño lavabo. Ahora la cogió por el delgado cuello y la sopesó. Sus labios se apretaron en un gesto lleno de resolución.

Empuñando el adminículo se dirigió a la puerta y llamó.

Se oyeron unos pasos en el exterior y la puerta se abrió.

Un hombre apareció en el umbral.

—¿Qué desea ahora?—preguntó sin la menor amabilidad.

—No tengo fuego—contestó Gladys, exhibiendo un cigarrillo con su mano izquierda.

El hombre sacó un encendedor y se inclinó ligeramente para conectar la llama al extremo del pitillo.

Era el momento propicio.

Gladys contuvo la respiración y reunió todas sus fuerzas en el impulso.

El hombre vio aparecer la mano de la joven con el jarro fuertemente empuñado y quiso retroceder, pero la muchacha había previsto su reacción y sus movimientos resultaron centelleantes.

La botella describió un arco en al aire y se estrelló ruidosamente en la nuca del individuo, que dejó caer el mechero y se dobló aparatosamente.

Un nuevo golpe le hizo caer sin conocimiento.

Gladys lo cacheó rápidamente y. sin ninguna clase de escrúpulos, se apoderó de la pistola que el hombre llevaba en una funda sobaquera.

Inmediatamente abandonó la estancia, cerrando la puerta.

El pasillo estaba solitario y lo recorrió en pocos segundos.

Extremando las precauciones v con la pistola apercibida, se encaminó hacia el vestíbulo.

No había nadie. La joven se limpió con el dorso de la mano el copioso sudor que inundaba su frente y procuró acallar los fuertes latidos de su corazón. Lo que se proponía era tan importante, que la simple idea de ser sorprendida le hacía temblar.

Cautelosamente cruzó el hall y alcanzó la puerta del despacho particular del ministro de Defensa.

Sus ojos recorrieron la gran puerta buscando el dispositivo que la abría. Al no hallarlo, comprendió que funcionaba por medio del recuadro que había en un ángulo, y que solamente se abriría ante las personas registradas en el mecanismo fotoeléctrico.

Vaciló unos segundos, sin saber qué partido tomar. Necesitaba a toda costa vencer aquella barrera y entrar en el despacho. Se decidió por la vía más rápida.

La pistola ciclotrónica emitió un deslumbrante destello y la puerta se transformó en una sutil columnilla de humo que se diluyó rápidamente en el aire.

Con pasos nerviosos atravesó el amplio despacho y se introdujo en la habitación donde estaban los aparatos que esclavizaban la voluntad de los prisioneros.

Al fondo estaba la puerta que daba acceso a la sala de controles bélicos, y también los dos robots que montaban la guardia.

Decidida, anduvo hacia ellos.

Las dos máquinas fijaron sus inexpresivas pupilas en la joven y continuaron impertérritas.

Gladys sintió que sus nervios se atirantaban bajo la terrible tensión a que estaba sometida. Deseando terminar cuanto antes, levantó la pistola y apretó el disparador una, dos..., diez veces.

Los fulgores violáceos del arma incendiaron la habitación con intermitente llameo.

El camino estaba expedito y la muchacha no vaciló.

Un gran aparato radiotelevisor era su objetivo inmediato. Llegó ante él y, soltando el arma, movió los diales hasta hallar la sintonía que le interesaba.

La pantalla se iluminé en tonos verdosos, y el satélite artificial, base de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario, ocupó su centro.

Manipuló nuevos mandos, intentando dar con el canal de frecuencia que utilizaba la emisora policía.

Al no hallarlo, conectó la banda múltiple y lanzó la llamada

universal.

No dudaba que este medio daría la alarma inmediatamente, puesto que la llamada sería registrada por todas las emisoras de Júpiter, pero lo importante era ponerse en comunicación con el general Mankiewicz y advertirle de lo que se estaba tramando para destruirle. Lo que pudiera suceder después, no le importaba.

No tardó en estar en comunicación con el general.

Gladys emitió un suspiro de alivio y empezó a hablar atropelladamente.

—Escuche, señor. El comandante Walter Asmore le ha hecho traición y se presentará ante usted diciendo que ha escapado de Júpiter. Le dará unas informaciones falsas y le instará para que se aproxime a este planeta a menos de novecientos kilómetros. No le haga caso; está de acuerdo con el ministro de Defensa, y lo que realmente pretende es situarlo en el sitio adecuado para apoderarse del satélite y de sus secretos.

El rostro del general expresó asombro e incredulidad.

—¿Quién es usted, señorita?

—Soy Gladys Kendall, general. Hágame caso, por favor.

Una sonrisa burlona fue la respuesta del general.

—Por favor, general—suplicó Gladys—. Confíe en mí y no acerque su base a este planeta. Lo destruirán y después atacarán a todos los mundos que integran su federación.

—No me impresiona con su dramatismo, señorita. Sé quién es usted y no podrá engañarme. Por otra parte, el comandante Asmore no se vendería al enemigo ni por todo el oro del mundo. Le conozco desde su más tierna infancia, y su historial en nuestra organización es uno de los más brillantes.

La joven se sintió desolada. Todos sus esfuerzos resultaban estériles ante la desconfianza del jefe policíaco. Y si fallaba, si no conseguía que la creyeran, la muerte y el exterminio invadirían los planetas de la confederación y los independientes. Nuevamente insistió con calor.

Walter se asustó ante la perspectiva de ser internado en un horrible campo de concentración y accedió a colaborar con el gobierno de Júpiter. Créame—insistió, patética.

El general amplió su sonrisa y respondió irónico:

—No me haga reír, señorita. El comandante Asmore ha arriesgado mil veces su vida y jamás ha sentido miedo por nada ni ante nadie. Abandone su papel de ángel bueno y no me haga perder más tiempo. ¡Ojalá sea cierto lo de la fuga de! comandante y pueda llegar a esta base!

—Llevará un dispositivo en el pecho que...

Gladys se interrumpió y giró sobre sus talones, empuñando la pistola.

El ministro de Defensa estaba a cuatro pasos y la miraba sardónico.

Gladys sintió que el más vivo terror se apoderaba de su ser. Pese a que Larkten no empuñaba ningún arma, se sintió a su merced.

—No se mueva—dijo Gladys con voz insegura—, Si avanza un solo paso, dispararé.

El ministro lanzó una carcajada llena de sarcasmo y cruzó los brazos ante el pecho. De manera fugaz miró un aparato en el que se iban encendiendo puntitos luminosos en determinada dirección.

—Usted, señorita Gladys, o mejor dicho, agente número 4, 6, A—dijo volviendo a mirar a la joven—, tiene la rara virtud de destrozar todos mis planes en el momento cumbre. Cuando ciertos documentos iban a ser sacados de la federación enemiga, usted se los arrebató al agente que los transportaba. Creí que los conservaba en su poder y por ello ordené su rapto cuando viajaba con rumbo a la Tierra. El comandante Asmore, que la seguía creyéndola agente de Júpiter, salió en su defensa y, por puro incidente, lo trajeron con usted. Gracias a esta feliz coincidencia, pudimos enterarnos que los documentos en cuestión habían quedado escondidos en una astronave que, por lo visto, los iba a llevar a Urano, su planeta de origen, y para el cual trabaja, según mis informes, ¿no es así, señorita?

Gladys estaba tan aturdida que no contestó. Hacía varios minutos que se preguntaba a dónde quería ir el ministro con sus palabras, y las constantes miradas que lanzaba al aparato de los puntos luminosos.

—El rapto casual del cosmonauta Asmore fue providencial para mis proyectos — prosiguió Larkten—. Por medio de él, pensaba atrapar la base policíaca que manda ese cretino que nos observa desde la pantalla; pero usted se ha vuelto a entrometer y ha destruido mis bien elaborados planes. No volverá a suceder tal cosa, se lo aseguro.

Nuevamente miró hacia el aparato que atraía su atención.

Los puntos luminosos se habían detenido en el último orificio.

—Dentro de unos minutos, morirá—anunció con voz glaciar.

Gladys levantó la pistola con sobresalto y sus ojos destellaron, entre acobardados y furiosos, por el trágico anuncio.

Su índice curvóse sobre el disparador del arma y...

El ministro movió imperceptiblemente la mano izquierda y el reloj de pulsera quedó al descubierto. Un rayo deslumbrante partió del centro de la esfera e impactó contra la pistola que sostenía la joven.

Gladys emitió un grito y, con ojos dilatados por la sorpresa, examinó su mano. Estaba vacía. El arma que un segundo antes empuñara, había desaparecido misteriosamente.

Una densa palidez le cubrió el rostro. Supo que iba a morir y sus grandes y bellos ojos desafiaron a su enemigo.

Desde la pantalla, el general Mankiewicz observaba toda la escena con una arruga de preocupación en su despejada frente.

Un alud de carne y hueso saltó en aquel momento sobre las espaldas del ministro.

Walter, que estuvo observando desde la puerta toda la escena anterior, se había precipitado a la acción en el momento que vio en peligro la vida de Gladys.

Ank Larkten cayó hacia adelante por efecto del empuje arrobador del joven y rodó varias veces sobre sí mismo.

Se incorporó rápidamente y su brazo izquierdo intentó enfocar el peligroso reloj hacia Walter.

No pasó del intento.

El muchacho saltó nuevamente sobre él y terminó con las energías del obeso ministro de un demoledor puñetazo en el mentón.

De un tirón se apoderó del reloj y cerciorándose que Larkten no llevaba más armas, se puso ante la pantalla.

—He oído todo cuanto le ha dicho Gladys y era la pura verdad, señor. Excepto, claro está, que yo estuviera dispuesto a colaborar con el ministro. Fingí pasarme a su bando y el señor Larkten fue tan amable que me trajo a este lugar, para convencerme de su gran poder bélico. Ahora venía a destruir todo esto y me encontré con que Gladys había tenido la misma idea.

Walter dejó de hablar y examinó el reloj que había servido para desarmar a Gladys. Una sonrisa distendió sus labios al descubrir su secreto. Enfocó la esfera hacia un aparato y oprimió levemente la corona.

El aparato en cuestión desapareció tan misteriosamente como lo hiciera la pistola de la joven.

Walter continuó disparando sobre toda la maquinaria que llenaba la habitación.

Parecía que se había vuelto loco.

Una y otra vez hizo funcionar el fatídico reloj y, a cada disparo, destruía un nuevo aparato.

Cuando llegó ante los ocho cerebros que regían la voluntad de los prisioneros situados en otros tantos satélites, se detuvo un momento y pareció indeciso.

Pero sus dudas, cualesquiera que fuesen, se resolvieron con rapidez y, uno tras otro, los fue destruyendo todos.

Gladys lo miraba, desde un rincón de la estancia, admirada.

El ministro había ido retrocediendo a medida que el joven progresaba en su destructiva labor y, cuando estuvo junto a la puerta, escapó de un prodigioso salto.

Walter observó su huida y, terminando su trabajo, fue hacia la pantalla.

El general le miraba sin comprender todo aquel frenesí destructivo.

—Las armas de Júpiter han quedado inutilizadas, señor—dijo Walter—. Todas ellas se manejaban desde aquí y, con la desaparición de los servomandos, quedan inertes. Los prisioneros que hay en los ocho satélites han quedado también libres de mecanismos que interfieran su voluntad.

—Es usted formidable, comandante—alabó el general—. Usted solo ha conseguido más que todo el ejército de nuestra confederación. Situaré la base a doscientos kilómetros de ese planeta a fin que todas nuestras armas tengan efectividad y enviaré a buscarle. Lo que acaba do hacer nos proporciona el respiro que necesitábamos hasta que la asamblea de presidentes se reúna v declare la guerra. ¡Le felicito!

—Gracias, señor. Procuraré salir de esta ciudad y llegar hasta ustedes.

El general se volvió a su atónito ayudante y ordenó:

—Ya lo ha oído, coronel. ¡A doscientos kilómetros y todos a sus puestos; vamos a rescatar al comandante Asmore!

—Pero, señor, ¿y si nos atacan? Nuestras posibilidades estarán muy restringidas a esa altura—dijo el coronel.

—Si nos atacan nos defenderemos, coronel, y si es preciso invadiremos Júpiter. ¡Adelante!

Walter presenció cómo el satélite mandado por su jefe se precipitaba hacia el planeta Júpiter.

—Vamos, Gladys—dijo a la muchacha, que le miraba avergonzada —. ¿No vienes conmigo?

—¿Por qué no me dijiste que estabas fingiendo? ¡Si supieras cuánto he sufrido por tu actitud! Te creí un traidor sin escrúpulos. Un ser despreciable. Me hiciste sentir horror de mí misma, porque, pese a todo, te seguía queriendo.

Walter la tomó por los hombros y, mirándose en los verdes ojos, besó los labios que se le ofrecían amorosos.

—Estaba escarmentado, pequeña — dijo volviendo a besarla—.

¿No recuerdas que cuando me dijiste lo de los documentos nos estaban escuchando? No podía arriesgarme a un nuevo fracaso. Lo que me proponía era demasiado importante, agente 4. 6. A. ¡Muy importante! ¿Me quieres?

—Te adoro—respondió Gladys, apretándose contra el pecho de su amado.

—¿Por qué me ocultaste tu calidad de agente secreto de Urano? Me hubieses ahorrado muchos malos ratos con ello—dijo Walter, en tono de queja.

—Al principio no supe quién eras. Creí que tu interés por mí era simplemente amoroso. Cuando te dijo lo de los documentos, iba a confiarte mi calidad de agente y la misión que me habían encomendado, pero entonces nos interrumpieron y, como tú, vi que éramos escuchados. Preferí dejarlo para otra ocasión.

El joven acarició las tersas mejillas y preguntó:

—¿Qué clase de misión era la tuya? No quiero ni pensar en que nuestros respectivos deberes nos separen definitivamente.

—¡Oh, no!—exclamó la muchacha sonriendo—. Urano, Neptuno y Plutón recibieron un ultimátum de la confederación jupitense. Nos conminaban a someternos incondicionalmente a su sistema político, o nos invadirían. Los presidentes de los tres planetas celebraron una conferencia y decidieron enviar algunos agentes a vuestra confederación con el fin de pulsar la reacción de vuestros mundos ante el peligro que se nos avecinaba. Uno de esos agentes era yo y, casualmente, descubrí los manejos de Allasio y Darrell. Gracias a esto, pude impedir que llevaran a efecto sus planes.

—Pero Freeman te decía en el hotel que os habían descubierto los agentes enemigos—expresó Walter.

—Sí, se refería a los agentes de Júpiter. Estaban obstruyendo nuestra misión y nos perseguían para rescatar los documentos…

—¿Y esos documentos?… ¿Qué pensabais hacer con ellos?

—Freeman había recibido orden de nuestro gobierno. Debería llevarlos personalmente al presidente y entregárselos. Al mismo tiempo le pediría ayuda para combatir al común enemigo.

Se besaron nuevamente y Walter dirigió una mirada a la pantalla.

El satélite policíaco cerníase a escasa distancia del rojo planeta Dentro de pocos minutos su jefe daría orden que salieran las astronaves de rescate.

—Vámonos, Gladys—dijo tomando entre las suyas una mano de la muchacha—. Hemos de salir de aquí y ponernos donde nos encuentren con facilidad.

Una carcajada burlona los detuvo a medio camino.

—Quien le tenía que encontrar ya lo ha hecho, señor Asmore—aseguró con hiriente sarcasmo—. Me ha facilitado el camino para la consecución de mis planes y sólo me resta un pequeño detalle.

Rápidamente, disparó sobre el aparato radiovisor, destruyéndolo.

Walter hizo un ademán como si fuera a lanzarse sobre él, pero la pistola le encañonó nuevamente.

—Refrene sus impulsos, comandante—ironizó Larkten—. No quiero acabar definitivamente con usted. Deseo que presencie la derrota de su general y cómo nos apoderamos de su satélite.

—Eso va a ser imposible, señor ministro—aseguró Walter—. Sus dispositivos de defensa están destruidos por completo y sin ellos no podrá atacar a mi general. Mi jefe en cambio, se lanzará a la ofensiva con todas las armas de que dispone si le atacan. ¿Qué podría usted hacer para impedir la invasión?

Larkten emitió una nueva carcajada y refutó:

—Me juzga usted muy mal, querido amigo. ¿Creé que su escapatoria del calabozo y su llegada hasta aquí me han sorprendido? Es usted un ingenuo, comandante. Todo lo referente a su fuga e, incluso al que destruyera estos dispositivos estaba previsto por mí. De no ser así, nunca hubiera podido traspasar esa puerta. Los robots no eran, ni mucho menos, el impedimento principal.

Walter sintió una crispación en la mano que Gladys tenía sobre su brazo. El mismo tenía todos los nervios de punta. Las enigmáticas palabras de su interlocutor le preocupaban demasiado.

—¿Quiere insinuar que usted facilitó mi fuga y lo que ocurrió después?

—Naturalmente, hombre—respondió con cinismo Larkten—. Cuando le propuse que colaborara conmigo fingí creer en sus palabras y accedí a enseñarle el contenido de esta habitación, sabiendo de antemano lo que usted haría.

—Pero usted pensaba mandarme junto a mi jefe para que lo atrajera a...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Es usted un iluso, Asmore. Nunca dudé de su patriotismo ni de que consentiría morir cien veces antes de traicionar a sus ideales. Por eso le tendí un lazo y ha caído en él, como un perfecto idiota. Desde el momento que salió de su calabozo seguí sus pasos, uno a uno, a través de un aparato que había ahí—señaló el sitio donde estuvo el dispositivo cuyos puntos luminosos se movían mientras hablaba con Gladys—, Le dejé llegar hasta aquí e, incluso, le incité a entrar simulando que me disponía a desintegrar a la muchacha. ¿Todo aclarado, amigo mío?

Walter se mordió los labios, con rabia. El engaño que había sufrido

le ponía furioso. El maquiavélico ministro había jugado con él de una forma trágica.

—Usted también me ayudó mucho contándole eso de la traición del comandante Asmore al general —agregó Larkten, dirigiéndose a Gladys—. Mi farsa adquirió mayor verosimilitud con sus palabras, señorita.

—Reconozco que ha sabido prevenir mis reacciones—concedió Walter—, pero, ¿de qué le valdrá? En estos momentos el general estará ordenando mi búsqueda. Yo mismo le aseguré que no había peligro.

—Cada vez resulta más ingenuo, comandante. ¿Aún no se ha dado cuenta que todo mi plan iba encaminado a que usted le dijera eso?: que no había peligro en acercarse. Toda la escena que monté y que usted, amablemente, protagonizó. no tenía otro objeto. En cuanto a los servomandos destruidos... ¡Bah! ¿Cree que hubiera permitido su desintegración si no hubieran existido más que éstos?... En un lugar secreto de Júpiter hay otra sala exactamente igual que ésta, señor Asmore. Desde ella atacaré y venceré al general Mankiewicz. Me apoderaré de su base y seguidamente atacaremos a su maldita confederación, que ha estado entorpeciendo nuestras ansias de conquista. Todo el sistema planetario. Hasta el último adarme de tierra que gira alrededor del sol será nuestro, y todas las criaturas estarán bajo nuestros pies. Usted, señor Asmore, comandante de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario, terminará sus días en uno de esos campos que antes le enseñé. Mientras llega este momento, sufrirá la agonía de saberse despreciado por sus jefes, que le creerán un traidor. Porque el general Mankiewicz empezará a dar crédito a las palabras de esa muchacha en el mismo momento que empiece mi ofensiva.

A medida que el ministro hablaba, Walter sintió aumentar la ira dentro de su pecho.

Un rugido escapó de su garganta cuando Larkten terminó de hablar.

La pistola que su enemigo empuñaba, dejó de importarle y, pensando sólo en destrozar a su enemigo, se lanzó adelante, con la velocidad del rayo.

El ministro le chasqueó nuevamente.

Con una carcajada que retumbó con siniestros ecos, cruzó la puerta y su mano pulsó algo que había junto al marco.

De momento no sucedió nada, pero cuando el joven intentó cruzar el umbral con la cabeza por delante, tropezó con algo invisible que le hizo retroceder violentamente.

El obstáculo era tan firme como invisible.

Walter cayó al suelo medio atontado por el terrible golpe.

Gladys corrió hacia él y le acarició la cabeza.

Un grueso chichón empezaba a insinuarse en el sitio donde había sufrido el brutal golpe.

—Adiós, mi querido y esforzado amigo—dijo burlón Larkten desde el otro lado de la barrera invisible—. No tardarán en tener noticias míás y usted, señorita, cuídelo bien...

—¡Canalla!—le apostrofó Walter con infinita rabia—. No tardarás en pagar debidamente todos tus crímenes.

Al decir esto, se incorporó dando la sensación que se iba a lanzar nuevamente contra la barrera que cerraba la puerta.

El ministro rió burlón, viendo cómo Gladys se abrazaba al joven impidiéndole avanzar.

Pero al intrigante ministro se le hubiese contagiado su risa de haber podido adivinar el motivo de los últimos movimientos de Walter.

El joven aprovechó el momento en que Gladys se interponía entre él y su enemigo, para introducir la mano en el bolsillo y sacar el reloj que le sirviera para destruir los aparatos de la sala de controles.

Cuando Larkten empezó a sospechar que algo no marchaba bien, era demasiado tarde para rectificar.

Un rayo brotó junto a la cintura de la muchacha y, pulverizando la cortina invisible, fue a impactar contra la pistola ciclotrónica que empuñaba Larkten.

A partir ele este momento, los acontecimientos se precipitaron a velocidad fantástica.

La pistola desapareció desintegrada en el momento justo en que Walter apartaba de un empellón a Gladys y, en una plancha digna de un verdadero campeón, metía la cabeza en el abultado abdomen de su enemigo.

Larkten emitió un bufido de dolor y expelió todo el aire que contenían sus pulmones.

Los dos hombres rodaron violentamente por la fuerza del encontronazo.

Walter se incorporó con la misma rapidez que si le impulsaran muelles del mejor acero y engarfió su mano en la pechera de su enemigo, que le miraba con ojos desorbitados por el espanto.

—Tuviste un olvido que te va a resultar fatal, querido ministro: tu reloj. Lo pensaste todo muy bien y supiste anticiparte a mis reacciones, pero, todos los grandes criminales tienen un descuido y el

tuyo te resultará trágico. Vas a sacarnos de esta ciudad subterránea y vendrás con nosotros al satélite de mi jefe.

Larkten se retorció con ojos dilatados por el miedo. Su extensa calva brillaba por el sudor.

—No, no iré—-dijo trabajosamente

Walter conectó su puño derecho en la fofa barbilla y el hombre se derrumbó como un muñeco desarticulado.

De nuevo le puso en pie, levantándole a pulso.

—Podemos seguir en este plan todo el tiempo que tú quieras. Siento verdadero placer en utilizar tu cara como «punching». Vendrás con nosotros. Te lo aseguro.

Un nuevo puñetazo crujió siniestramente. El ministro volvió a rodar aparatosamente, perdiendo toda su dignidad. El terror le había invadido por completo.

Desde el suelo miró al joven y, con ojos acuosos, imploró:

—Le sacaré de la ciudad si me promete dejarme libre. Cuando estén en la superficie, pueden marchar a la base de su jefe y ponerse a salvo.

Walter sonrió con trágica burla.

—No he olvidado tus palabras referentes a que existe otra sala de controles electrónicos. Si te dejara libre, volveríamos a estar amenazados. Vendrás conmigo y confesarás ante el general el sitio donde está esa sala secreta. ¡Andando!

El ministro juntó las manos y gimoteó suplicante.

Walter le apremió con dos sonoras bofetadas. Se sentía totalmente asqueado de aquel pelele humano.

—En marcha y no se te ocurra usar de alguna estratagema. Al menor síntoma de traición, te destrozaré.

—Al menor gesto sospechoso, le desintegraré —corroboró Gladys, esgrimiendo una pistola que había encontrado entre los muebles del despacho.

Walter cogió el arma de manos de la muchacha y, con ella empuñada, introdujo la mano en el bolsillo.

—Aclara el gesto, granuja, y vamos hacia la superficie.

El pequeño grupo abandonó el edificio del ministerio y cruzaron el parque. Unos minutos después, se hallaban en el interior del ascensor que los conducía hacia la superficie y la libertad.

El fresco aire de la madrugada les acarició las mejillas. La puerta de la ciudad subterránea se acabó de cerrar a sus espaldas, mientras Walter lanzaba una mirada al cielo.

El sol estaba saliendo. Un nuevo día se anunciaba con la aparición

del sangrante astro.

Despacio avanzaron por la rojiza llanura.

A unos doscientos kilómetros, y como anclado en el espacio, estaba el gigantesco satélite artificial. Varias astronaves se lanzaron al encuentro de los muchachos.

La extraña odisea tocaba a su fin. Los planos habían sido rescatados y Júpiter se encontraba prácticamente desarmado.

Walter sonrió y, enlazando la breve cintura de Gladys la besó apasionadamente. Su federación estaba a salvo y también los planetas independientes.

El sangriento amanecer anunciaba el final de su difícil misión y el nacimiento de su felicidad.

—¿Dónde instalaremos nuestro hogar, Walter?—preguntó Gladys, viendo cómo se posaban las astronaves junto a ellos.

—Donde tú desees, querida: mi única ilusión es satisfacer hasta el menor de tus deseos. ¿Me quieres?...

La respuesta de Gladys fue un beso largo y profundo como su amor.

F I N

Esta novela constituye una aventura completa, pero continúa su acción en el próximo número titulado: «Ultimátum a Júpiter».

I N D I C E

Página

¡¡GUERRA COSMICA!!

Una espantosa GUERRA COSMICA se había desencadenado entre la Confederación Interplanetaria y sus enemigos, Júpiter y Saturno.

El general Manquiewicz, jefe de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario fue el hombre elegido por el gobierno Sídero-federal para dirigir la contienda. Pero este gran militar contó con la ayuda del más valeroso de los hombres que integraban la famosa Policía Sideral. WALTER ASMORE, el hombre que luchó más allá de las posibilidades humanas y desentrañó el insondable misterio que envolvía a los mundos del sistema solar.

ULTIMATUM A JUPITER

El trepidante y fantástico relato de una guerra cósmica desarrollada en una época en que la energía nuclear se había desechado como un arma arcaica.

(Segunda parte de)

ESPIONAJE EN EL COSMOS

Que Edward Wheel ha escrito para los amantes de las aventuras del futuro y que aparecerá en el próximo número de la trepidante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA Maipú, 934, Bs. As.